

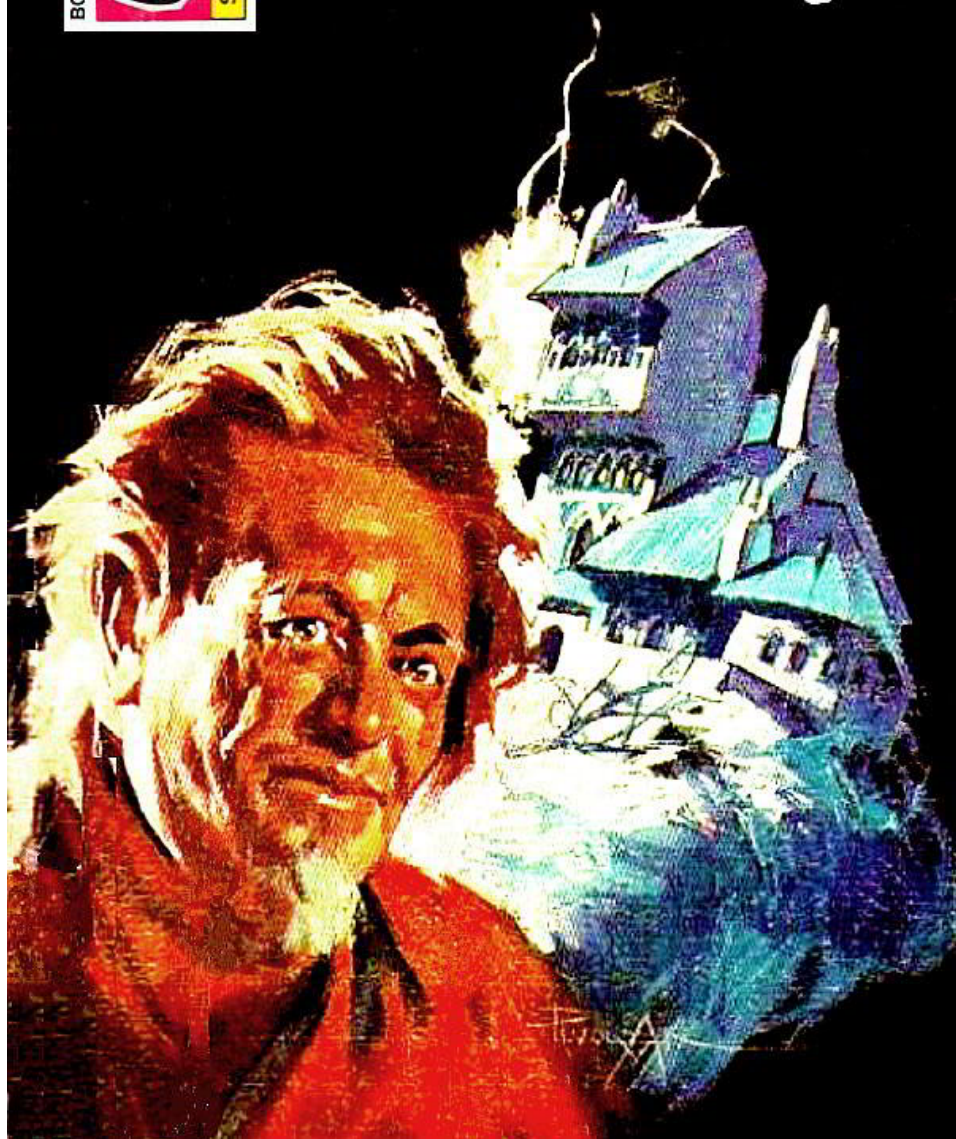
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL FANTASMA ESTA SERVIDO

Keith Luger



El novio estaba esperando a la novia en la escalinata de la iglesia.

Era alto, guapo y vestía de *smoking*.

Un coche negro llegó y salieron dos invitados que se aproximaron a él y le estrecharon la mano.

—Hace un maravilloso día para casarse —dijo uno de ellos.

—Desde luego —asintió el novio alto y guapo.

Un «Jaguar» deportivo trajo dos chicas que se unieron al hombre que se iba a casar.

Otro coche vomitó cuatro invitados.

Publicado por Editorial Bruguera, en la colección Punto Rojo con el número 1960, en el año 1966.



Keith Luger

El fantasma está servido

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1397

ePub r1.0

Lds 31.10.18

Título original: *El fantasma está servido*

Keith Luger, 1977

Cubierta: Alberto Pujolar

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El novio estaba esperando a la novia en la escalinata de la iglesia.

Era alto, guapo y vestía de *smoking*.

Un coche negro llegó y salieron dos invitados que se aproximaron a él y le estrecharon la mano.

—Hace un maravilloso día para casarse —dijo uno de ellos.

—Desde luego —asintió el novio alto y guapo.

Un «Jaguar» deportivo trajo dos chicas que se unieron al hombre que se iba a casar.

Otro coche vomitó cuatro invitados.

Uno tenía la cabeza rapada y dijo al descender del vehículo:

—¿Le damos ya el regalo?

—Todavía no —contestó un individuo de gafas ahumadas—. No es el momento.

—Como usted mande, señor.

Estos cuatro hombres no saludaron al novio, sino que se pusieron al otro lado, a unos cinco metros, en la misma escalinata.

Algunos sacaron cigarrillos y los encendieron.

Por la puerta de la iglesia se escapaba música de órgano, solemne, grave.

El novio estiró el cuello.

—Ahí viene —dijo.

Se refería a un coche «Mercedes» que había sido adornado con flores blancas.

El vehículo se acercó silenciosamente al pie de la escalera y se detuvo.

El chófer, uniformado, bajó rápidamente y abrió la portezuela del lado en que se encontraba la novia. El vestido blanco de ésta era de encaje.

La novia salió.

El hombre de la cabeza rapada se acercó a la novia.

—Querida —dijo con una sonrisa—, estás más hermosa que nunca...

Al tiempo que se inclinaba sacó una pistola e hizo un disparo.

La novia recibió el impacto en el pecho y se estrelló de espaldas contra el vehículo.

Entonces se le cayó la peluca con el velo y se vio que era un hombre.

El novio lanzó un grito.

—¡Me han dejado sin novia!

Al mismo tiempo estaba sacando una pistola de la axila.

Los hombres que habían llegado en compañía de Cabeza Rapada echaron mano también a las armas, pero el novio les había sacado un poco de ventaja, y la conservó.

Se puso a hacer fuego con alegría y coraje.

Uno de los tipos dio una voltereta en el aire y cayó panza abajo, como un sapo.

Cabeza Rapada se revolvió para hacer uso de su pistola, una «Luger» de buen tamaño, pero el novio le metió una bala bajo el sobaco, en el ala derecha. Y claro, voló.

Pero fue un corto vuelo porque, enseguida, Cabeza Rapada se inclinó de babor y estrelló la cabeza contra el suelo.

La música del órgano continuaba siendo solemne, pero su ritmo se había hecho mucho más rápido, como si el intérprete se hubiese puesto de acuerdo con los acontecimientos que se estaban desarrollando al pie de la escalinata.

El chófer del «Mercedes» atrapó el ramo de la novia y de él extrajo una pistola.

Las dos mujeres que acompañaban al novio se habían arrojado al suelo dando chillidos.

—Enseguida termino, guapas —dijo el novio y envió un chorro de plomo contra el chófer.

Ocurrió algo curioso. El chófer se introdujo por la portezuela que estaba abierta y volvió a instalarse frente al volante.

Pero no pudo poner el coche en marcha porque ya estaba muerto.

Otros dos automóviles estaban llegando a la iglesia y por una de

las ventanillas alguien empezó a escupir plomo.

—¡Al coche, muchachas! —gritó el novio.

Las dos mujeres no necesitaban recibir aquel consejo. Ya se habían subido las faldas y corrían horrorizadas hacia el coche del novio.

Éste envió una andanada contra el vehículo que chorreaba plomo.

Se produjo una explosión en el motor y el auto fue presa de las llamas.

Entonces, el novio se dejó caer en el suelo rodando hacia el lugar donde se encontraba la mujer-hombre que había estado a punto de ser su esposa.

Le pasó la mano por la espalda. Estaba buscando algo.

Por fin lo consiguió. El sujetador. Con éste en la mano se levantó y echó a correr.

Avanzó en zigzag, mientras las balas rebotaban a su alrededor.

Las muchachas ya habían puesto el auto en marcha y el novio saltó al estribo y se metió de cabeza por una portezuela.

Inmediatamente, el vehículo aumentó la velocidad.

El novio asomó la mano con la pistola e hizo fuego contra el último auto perseguidor que quedaba indemne.

Reventó una rueda y el auto se estrelló contra la escalinata. Entonces, el novio y sus chicas pudieron escapar.

* * *

El comandante Ferniot, jefe de la Investigación Estratégica, Sección del Servicio del Contraespionaje francés, clavó sus acerados ojos en el rostro de su subordinado que tenía al otro lado de la mesa, Paul Riviere.

Después de carraspear, Ferniot dijo:

—Esto no me gusta, señor Riviere.

—Paul señaló el sujetador que había dejado sobre la mesa.

—En el compartimiento de la derecha encontrará las fórmulas que nos habían sido robadas.

—¿Espera que lo felicite?

—No, señor. Me limité a cumplir con mi deber.

—Señor Riviere, usted arma demasiado jaleo.

—A veces es inevitable, señor...

—Acabo de recibir una llamada del primer ministro, ¿y sabe lo que me ha dicho?

Lo ignoro, señor.

Que yo había organizado la boda más sonada del año...

—Eso es verdad, señor. Hubo de todo.

—En una boda sólo debe haber música y flores.

—Si no hubiese habido lo otro, a estas horas las fórmulas estarían fuera de nuestro país, señor.

—Le voy a decir algo en secreto, señor Riviere. Cuando usted o su amigo Bruno Nussac están metidos en algún negocio, ya puedo estar seguro de que se van a enterar hasta en la China. ¿Qué clase de agentes son ustedes?

—Perdone, comandante, pero yo...

—Sí, ya sé, usted trata de cumplir con su deber, pero, demonios, lo podía hacer más silenciosamente... Un día de éstos la Prensa va a pedir mi cabeza.

—Mientras no la pida el primer ministro.

—¿Cómo decía, señor Riviere...?

—Oh, perdón, hablaba conmigo mismo.

—Eso es mala señal. Si uno habla para sí, empieza a estar mal de la cabeza, ¿está de acuerdo, señor Riviere...?

—No, señor..., quise decir, sí, señor...

—Quiero hacerle una pregunta muy importante, señor Riviere.

—Diga, comandante.

—¿Dónde está su amigo Bruno Nussac?

—¿No lo sabe usted?

—No, no lo sé, y he pensado que usted me podría informar al respecto.

Paul Riviere se humedeció los labios con la lengua.

—Lo siento, señor, pero ignoro dónde se puede encontrar mi compañero Bruno Nussac.

El comandante Ferniot pegó un puñetazo en la mesa.

Algunos papeles volaron por el aire y cayeron al suelo dejando ver una revista cinematográfica, justamente por la página donde se exhibía una hermosa mujer, que cubría su atractivo cuerpo con un pequeñísimo dos piezas.

Pero el comandante Ferniot no se había dado cuenta de ello y

exclamó:

—Agente Riviere, quiero recordarle que debemos destinar las veinticuatro horas de cada día para velar por nuestro país. —Paul tenía fijos los ojos en la chica del bikini y dijo:

—Sí, señor..., debemos velar por ella..., quiero decir por Francia..., especialmente por su maravillosa orografía.

—¿Qué está usted diciendo?

El comandante Ferniot vio la fotografía de la revista y le dio la vuelta rápidamente.

En aquel momento se encendió una bombilla roja en la pared del fondo.

El comandante puso en comunicación un interfono.

—Diga.

—Noticias del agente Nussac.

—¿Dónde está?

—En Africa, señor.

¡No es posible...!

Quiere hablar con usted, comandante.

—Está bien, ahora voy.

El comandante se puso en pie y señaló a Paul con el dedo.

—¿Lo ha oído...? Ya sabemos dónde está su amigo Bruno... En Africa. ¿Tiene usted una idea aproximada de lo que ha ido a hacer a Africa?

—No, señor.

—¡Esto le va a costar la carrera, lo juro...!

—Perdone, comandante, pero debería esperar a saber por qué Nussac está en Africa.

—Es justo lo que me disponía a hacer. ¡Sígame!

El comandante y Paul Riviere pasaron a una habitación adyacente, donde estaba el servicio de radio.

Un empleado atendía el tablero de mandos.

—Emisor-receptor número cuatro, comandante.

Ferniot fue hacia aquel lado y habló.

—Agente Nussac, hable...

—Comandante, me encuentro en un harén.

—¿Cómo ha dicho?

—Un harén, señor.

—Bruno, ¿está bebido...?

—No, señor. Recuerde que entre los árabes no se bebe alcohol, aunque tengo la impresión de haber bebido una garrafa de leche...

—¡Basta de leche, Nussac! ¿Qué infiernos hace usted en un harén?

—¿Se acuerda usted del doctor Forrestier...? Usted me dijo que encontraba sospechosas sus investigaciones. Yo lo seguí... Y ya di con la cosa.

—¿A qué se refiere?

—El doctor Forrestier y su amigo Ben Alí están construyendo una base lanza-cohetes y da la casualidad de que todas las rampas apuntan a la Francia metropolitana.

—¡No!

—Comandante, los he visto con estos ojos que se han de comer la tierra.

—¿Dónde está usted concretamente, Nussac?

—En el harén de Ben Alí.

—No me diga que es usted una hurí.

—No, señor soy un eunuco.

—¿Negro o blanco...?

—Café con leche, señor...

—Pero, usted..., usted... ¿es de verdad uno de éstos?

—Claro que no, comandante... Y le aseguro que resulta algo estupendo. Voy a sentir mucho marcharme de aquí, pero, al propio tiempo, estoy deseando salir antes de que me descubran, para eso necesito la ayuda de alguien.

—Ha puesto las cosas muy difíciles, Nussac. Ha debido comunicarse conmigo antes y no meterse en esa trampa...

—Pero no pude, señor. Las circunstancias me lo impidieron. Ahora he aprovechado una oportunidad, pero tendrá que cortar enseguida.

¿No puede valerse por sí mismo?

De ninguna manera, señor, y, si me deja solo, no me volverá a ver vivo.

—Diga inmediatamente cuál es su situación exacta. Bruno lo dijo, y, entonces el comandante ladró por la emisora.

—Le dará una orden, señor Nussac. Manténgase ahí hasta que reciba ayuda.

—Eso depende de usted, señor. Si no se da mucha prisa, creo

que no lo cuento...

Ferniot interrumpió la comunicación y clavó los ojos en el rostro de Paul.

—Señor Riviere, ya sabe en qué consiste su misión.

—Sí, señor.

—Pero quiero hacerle una advertencia, no se entretenga en ese harén más del tiempo suficiente para rescatar a su compañero... ¡Cierre los ojos a todas las mujeres que haya allí! ¡Y eso también es una orden...!

CAPÍTULO II

Bruno Nussac estaba tendido entre cojines.

Una hurí morena jugueteaba con él, poniéndole cerezas en la boca.

Una rubia le alargaba un vaso de leche.

—No, rica, ya he bebido bastante.

Una pelirroja, que era toda una pieza de concurso de belleza, le hacía cosquillas en el desnudo pie izquierdo.

Habían otras dos mujeres que estaban enfurruñadas porque sus compañeras no les dejaban sitio junto a Bruno.

El las miró y dijo:

—Pequeñas, no os preocupéis, pronto os llegará el turno.

Ellas palmotearon de alegría y él se apresuró a agregar:

—Ya os dije que os debíais numerar...

Una de las que esperaban, señaló a la pelirroja.

—Zoraida lleva una hora y media contigo. Hizo trampa...

Bruno pegó una palmada en la cadera de Zoraida mientras decía:

—A ésta le consiento yo que haga trampa hasta que se canse...

—Pero enseguida agregó en voz alta—: Zoraida, debes ser más comprensiva con tus compañeras. También ellas tienen derecho.

En aquel momento la celosía del harén se abrió de golpe y dos enormes negros que se cubrían tan sólo con taparrabos, entraron manejando alfanjes.

Tras ellos se dejó ver Ben Alí, el dueño de aquel harén.

Bruno Nussac se levantó como impulsado por invisibles resortes. Levantó una mano y sonrió:

—Hola, jefe.

Ben Alí cruzó los brazos. Sus ojos refulgían como brillantes.

—¡Perro! —exclamó.

Bruno miró a sus espaldas.

—Eh, ¿dónde está el can? —dijo con su sonrisa más ingenua.

—Tú eres el perro, Bruno Nussac.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Bruno Nussac.

—Oh, no, jefe, usted se equivoca, yo soy Mohamed, recuerde, un eunuco hecho y derecho...

—No te preocupes. Lo vas a ser.

—¿Cómo...?

—Ya lo has oído, perro.

Detrás de Ben Alí apareció un hombrecillo que defendía los ojos con gafas oscuras. Su cabeza era apegada.

—Este hombre nos ha traicionado... Habló con un tal comandante Ferniot y acabo de saber que el comandante Ferniot es el jefe de la Investigación Estratégica, Sección del Contraespionaje francés.

Bruno Nussac se echó a reír.

—Pero ¿de qué están hablando ustedes...? Yo no conozco a ningún comandante Ferniot. Es cierto que me metí en este harén, pero yo voy a decir por qué —hinchó los pulmones de aire y dijo—: Estoy enamorado de Zoraida... La quiero por esposa, Ben Alí, y tú eres un hombre civilizado, de nuestro siglo, y debes darnos tu bendición.

Los labios de Ben Alí se crisparon en un gesto de sarcasmo.

—Te voy a dar mi bendición, Nussac.

—Gracias, Ben Alí.

El dueño del harén hizo chascar los dedos y uno de los negros que manejaban alfanje se puso en marcha.

La pelirroja Zoraida echó a correr dando chillidos.

—Yo no quiero a este hombre, no estoy enamorada de él... Sólo te quiero a ti, Ben Alí... Me muero por tus besos y tus caricias...

Bruno sacudió la cabeza.

—Para que se fíe uno de las mujeres... ¿Lo has oído, Ben Alí...? Los dos hemos sido engañados por Zoraida... ¿Qué te parece si ahora nos chocamos las manes...? Sin rencor, ¿eh?

Bruno se dirigió hacia Ben Alí alargando la mano.

Y estuvo a punto de perderla porque, en ese momento, uno de

los negros bajó el alfanje con una velocidad vertiginosa.

La hoja afilada se clavó en el suelo, que era de madera brillante, de muy buena calidad.

Bruno Nussac sintió que las piernas se le aflojaban.

—Eh, Ben Alí —dijo—. Di a tus hombres que se dejen de bromas.

Sin embargo, Ben Alí dijo:

—Acabar pronto con él, quiero ver sus trozos desparramados por el suelo.

—Oiga, si quiere desparramar a alguien, ¿por qué no desparrama a su tía? —repuso Bruno muy indignado.

Los dos negros levantaron sus alfanjes.

Bruno retrocedió, mientras gritaba:

—¡Todo esto es pura broma...! Palabra que me confundí de lugar... Yo venía a un baile de carnaval. Por eso me puse este disfraz... Juro que me engañaron... No tienen derecho a hacerme pedazos... Ustedes no pueden darle un disgusto tan grande a mi familia...

Los dos negros lo iban acorralando, uno por cada lado.

Las mujeres estaban inmóviles.

El hombrecillo de la cabeza de pepino se frotaba las manos y su labio inferior colgaba babeante.

—Utilizaré los trozos para experimentos... ¿Me los das, Ben Alí? —dijo el de la cabeza de pepino.

—Son tuyos, doctor.

—Gracias.

Bruno había llegado a una fuente central, de la que brotaba un surtidor de agua. Uno de los negros se adelantó para partir en dos a Bruno, pero éste saltó a un lado y le dio un golpe en la nuca.

El resultado fue bueno para el agente francés.

El negro dio media vuelta y, al caer, se clavó el alfanje.

—Demonios —dijo Bruno—. Ha quedado como una aceituna, ¿quién la quiere?

El otro negro atacó.

Bruno tuvo que saltar de nuevo y lo hizo con buen estilo y fortuna, ya que la cortante hoja de acero se le llevó media manga de su vistosa indumentaria.

—Eh, muchacho, me vas a desnudar y eso no estaría bien... Aquí

hay damas...

Ben Alí debió pensar que un negro era muy poco para acabar con el agente francés. Hizo chascar los dedos y por la puerta entraron cuatro negros con las mismas medidas y armamento que los primeros.

Bruno se sintió muy desconsolado ante la irrupción de sus nuevos enemigos.

Estaba listo. Hacía seis horas que había enviado su mensaje al comandante, pero los refuerzos nunca llegarían a tiempo para echarle una mano.

Ben Alí gritó:

—¡Acabad con él!

Los cuatro negros emprendieron una alocada carrera.

Bruno pegó un gran salto y fue a parar a lo alto de la fuente.

Dos negros se partieron recíprocamente por la mitad con sus alfanjes porque, en lugar de encontrar a Bruno en su camino, se encontraron enfrentados.

Bruno saltó desde lo alto embistiendo a los otros negros.

Todos rodaron por el suelo.

El primero en levantarse fue Bruno, pero se sintió perdido al ver que otros cuatro negros más entraban en el harén.

Eran demasiados, incluso para él.

—Eh, Ben Alí —gritó—. Se me está ocurriendo una idea... Trabajaré para ti, aunque sea en la cocina... Soy un tipo que prepara como nadie la salsa mahonesa... Ya verás cómo te chupas los dedos mientras te hace efecto el arsénico...

Los negros lo volvían a tener acorralado.

Había llegado su última hora.

De repente, se oyó una voz procedente de una de las ventanas.

—¿Me dejan intervenir en el juego, muchachos...?

—¡Paul! —exclamó Bruno al ver a su compañero que manejaba una metralleta.

Riviere envió una andanada de plomo.

Los negros se contorsionaron.

Pero también hubo balas para Ben Alí y Cabeza de Pepino.

Los dos se fueron contra la pared y allí quedaron clavados como mariposas.

Bruno atrapó uno de los alfanjes y se batió a sablazo limpio con

uno de los negros al que, finalmente, mandó con sus antepasados.

Paul Riviere se sentó en el alféizar de la ventana y al instante todas las mujeres corrieron hacia él.

Bruno hizo un gesto huraño.

—Eh, ¿por qué infiernos te mandaron a ti...?

—No tenían otro a mano. Déjate de refunfuñar y vamos al hermoso jardín que he visto ahí al lado. Las chicas y yo jugaremos un poco al escondite.

Pero en aquel momento se puso a pitar el emisor receptor que llevaba Paul y que era del tamaño de un paquete de cigarrillos.

—Al habla Riviere... ¿Quién está ahí...?

—El comandante Ferniot.

—Todo salió bien, comandante.

—Lo celebro mucho porque han de volver inmediatamente.

—Pero, comandante... Aún no acabamos con las rampas de lanzamiento.

—Conviértanlas en escombros.

—Eso nos llevará un par de días.

—Eso les va a llevar sólo treinta minutos, agente Riviere... Tienen que regresar inmediatamente a Francia... Ha ocurrido algo que va a exigir nuestros esfuerzos. —¿De qué se trata, señor?

—Dos personalidades científicas famosas han sido secuestradas.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Los secuestros sobrevinieron en cortísimos espacios de tiempo. Entre el primero y el segundo sólo han transcurrido unos quince minutos. Se trata de los doctores Marc Carrier y Jacques Romain. Son nuestros más insignes especialistas en el campo de los injertos humanos... No puedo darles más explicaciones porque no conocemos más de lo que les he dicho... Todos nuestros hombres se han puesto a trabajar y ustedes no pueden ser una excepción... ¡Vuelvan a Francia inmediatamente...! Corto.

Paul Riviere guardó el emisor receptor en el bolsillo y dio un suspiro mirando a las hermosas jóvenes que tenía a su lado.

—Nenas, os voy a dejar mi tarjeta. Ya sabéis, por si algún día vais por París... Vamos, muchacho.

Bruno sacudió la cabeza con tristeza.

—Mátate a trabajar y, cuando estás a punto de recoger la

recompensa, llega alguien y te agua la fiesta...

CAPÍTULO III

El comandante Ferniot decía:

—Es como si el doctor Carrier y el doctor Jacques Romain se hubiesen convertido en humo. El doctor Marc Carrier desapareció de su casa en las afueras de París, en Clichy. Su ama de llaves salió a las seis de la tarde para volver a las ocho. El doctor Carrier tenía que llegar a las siete y llegó efectivamente puesto que el ama de llaves vio su paraguas y su impermeable, pero faltaba su cartera de mano. También su estudio había sido registrado concienzudamente. Los cajones aparecieron volcados. Pueden verlos en las fotos que se tomaron.

Los agentes Riviere y Nussac examinaron las fotografías.

Mientras tanto, el comandante prosiguió:

—El doctor Jacques Romain desapareció a la salida del laboratorio que trabajaba. Debió dirigirse hacia el estacionamiento, donde había dejado su auto. Pero nunca llegó a ese lugar, ya que su coche fue encontrado por nuestros muchachos y, aparentemente, no se movió de allí desde las tres de la tarde, hora en que el doctor lo dejó para hacer su trabajo en el laboratorio.

Bruno Nussac preguntó:

—¿Por qué fueron secuestrados?

—Se admiten hipótesis —dijo el comandante Ferniot.

Nussac se pellizcó el lóbulo de una oreja y por fin dijo:

—Quizá no se trate de un negocio público.

—¿Qué quiere decir?

—Podría tratarse de una banda. Han secuestrado a esos hombres de ciencia para exigir luego un rescate. Simplemente eso. Oí decir que los bajos fondos se disponen a luchar con armas modernas, con nuevas ideas.

Ferniot frunció el ceño.

—¿Qué le parece a usted, Riviere?

—No me atrevo a opinar.

—Opine, maldita sea. Para eso pertenece a este Servicio.

—Comandante, quiero hacerle una pregunta. ¿Por qué infiernos intervenimos nosotros? Somos del Servicio de Contraespionaje y sólo se trata de personas civiles.

—Se equivoca en ese aspecto. Los dos doctores desaparecidos trabajan para el Gobierno.

—¿En qué cosa...?

—En estudios biológicos acerca de la actitud del soldado en una guerra atómica.

Bruno Nussac intervino.

—Entonces, está claro. Los doctores llegaron a conclusiones interesantes en sus estudios y fueron secuestrados para hacerlos cantar.

—Perdone, jefe —dijo Paul—. Usted se refirió a que esos doctores eran especialistas en injertos.

—Sí, desde luego, pero ahora estaban realizando la misión que les acabo de señalar.

—Imagino que debe haber más especialistas de esa clase en Francia.

—Claro que los hay.

—¿Cuántos?

El comandante sonrió.

—Cree que es usted sólo el que piensa en este departamento... Hemos hecho una lista y, por si le sirve de algo, los sabios que lo integran están vigilados. Ha habido dos secuestros, pero no habrá otro.

—¿Me permite ver esa relación, comandante?

Ferniot se la dio.

El primer nombre de la lista era el doctor Bernard Dupré.

* * *

El doctor Bernard Dupré abrió la puerta de su casa y se encontró con un hombre que estaba en el porche.

—¿Es usted mi vigilante?

—Sí, doctor Dupré.

—Pues ya se puede marchar.

—Perdone, doctor, pero sigo instrucciones de mis superiores.

—Identifíquese.

—Soy el agente Guy Lapierre.

—¿Quién es su jefe?

—El comandante Ferniot.

—Dígame enseguida su número de teléfono.

—¿Qué es lo que va a hacer, señor?

—Yo se lo diré, agente. No necesito niñera. Hace tiempo que abandoné los pantalones cortos.

—Doctor, todo lo hacemos por su integridad. Le recuerdo que dos de sus colegas han sido secuestrados...

—Tonterías. Ustedes los de la policía están dispuestos a dar importancia a cualquier cosa.

—¿Llama cualquier cosa a un secuestro?

—Me niego a admitir que mis colegas hayan sido secuestrados. Pero, de todas formas, no lo voy a discutir con usted.

—Gracias, doctor. Me quita usted un peso de encima.

El doctor Dupré soltó un gruñido y fue a dar un portazo, pero entonces recordó que el agente no le había dado todavía el número telefónico de su jefe.

Cuando hubo recibido este dato, cerró definitivamente.

Marcó nerviosamente en el dial, sentado en un sillón.

—¿Comandante Ferniot?

—Al habla.

—Soy el doctor Dupré.

—Celebro oír su voz. Le aseguro que es una tranquilidad para mí...

—Oh, sí, ya sé lo que usted quiere sugerir. Al parecer, yo debería estar secuestrado... Le diré la opinión que me merecen todas sus precauciones... ¡Son estúpidas!

—Tranquilícese, doctor.

No puedo estar tranquilo mientras tenga a su agente en la puerta de mi casa.

—Lo siento, doctor, pero Guy Lapierre ha de permanecer ahí.

—Le repito que retire su vigilante.

—No puedo.

—Condenados sabuesos —dijo el doctor y colgó el receptor en la horquilla.

Hizo crujir los dedos y luego, nervioso, se dirigió al bar donde se preparó un *whisky* con hielo.

Bebió un trago de *whisky*.

De repente, vio algo en el fondo de la estancia, en el rincón.

Algo que se movía.

Se pasó una mano por los ojos porque se dijo que aquello era absurdo. En aquel lado estaba la biblioteca y los libros carecían de vida propia.

Era algo como una nube.

Pensó que se había producido un cortocircuito.

Dejó el vaso y fue hacia el rincón, pero entonces oyó una voz.

—Quédese ahí, doctor.

El doctor Dupré se detuvo sobrecogido. Aquella nube le había hablado.

Nunca había visto nada parecido.

La nube se alargaba y daba la impresión de que tenía una cabeza y unos ojos. Desde luego eran unos ojos monstruosos porque sólo veía los agujeros, muy negros.

—Doctor Dupré, ha sido elegido para cumplir una gran misión en la Tierra.

—No entiendo... —balbuceó Bernard Dupré.

—Ya lo comprenderá en el momento oportuno. Ahora lo importante es que salga usted de aquí.

—Pero no puedo...

—¿Por qué?

—Hay un agente fuera.

—No se preocupe por el agente. Usted se librará de él.

—¿De qué forma?

—De la más sencilla. Lo hará entrar en esta casa y lo golpeará en la cabeza.

—Pero no lo puedo matar.

—No lo matará, doctor Dupré... Sólo lo dejará sin sentido.

Bernard Dupré tenía la cabeza embotada. El efecto había sido fulminante. Sin embargo, su voluntad trataba de luchar contra aquellas órdenes que le daba la extraña nube que parecía tener ojos...

—Entonces, el comandante tenía razón...

—¿Qué dice, doctor?

—Mis colegas, Marc Carrier y el doctor Jacques Romain fueron secuestrados...

—No debe decir eso, doctor. No fueron secuestrados. Ellos, por su propia voluntad, quisieron colaborar conmigo.

—Pero ¿quién es usted?

—Ya lo sabrá en el momento oportuno. Ahora no hay tiempo para explicaciones...

Debe obedecer, ¿lo entiende, doctor?

—Pero usted debe tener un nombre... Dígamelo.

Llámeme El Fantasma —se oyó una risita—. Hasta un niño pequeño me podría denominar así, puesto que es lo que parezco. ¿Está de acuerdo, doctor Dupré?

—Sí, desde luego, parece un fantasma.

—Ahora debe cumplir mi orden sin titubear. Deshágase de ese agente.

—Pero ¿va a permanecer usted ahí?

—No, yo desapareceré ahora mismo, en unos segundos, porque sé que usted ya no me necesita.

El doctor Dupré vio cómo aquella nube se volatilizaba. En unos segundos no quedó en nada.

El doctor dio unos pasos hacia el rincón y miró atentamente las paredes, el suelo.

No, no había quedado rastro de aquel misterioso ser que se había llamado a sí mismo El Fantasma.

Se dirigió con paso lento hacia la puerta y la abrió de un tirón.

El agente Guy Lapierre se volvió bruscamente.

—¿Ya habló con mi jefe?

—Sí.

—¿Y qué le dijo?

—Que usted está aquí cumpliendo con su deber. —Dupré sonrió amistosamente—. Me he dado cuenta de las razones de su presencia y siento mucho haberme comportado antes de una forma tan poco amable.

—No tiene importancia.

—¿Quiere pasar?

—Prefiero quedarme aquí.

—Vamos, hombre, acepte un trago o creeré que me guarda rencor.

—Está bien, doctor. Aceptaré ese trago. Siempre viene bien.

Lapierre entró en la casa y el doctor lo invitó a que se sentase.

Luego, Dupré preparó dos *whiskys* y entregó uno al agente.

El doctor había quedado a espaldas de Lapierre y en un momento determinado estrelló un cenicero de bronce en su cabeza.

Guy Lapierre soltó un gemido y se derrumbó.

El doctor soltó una risita.

—Estúpido, no sirves ni para guardar al hombre que te destinaron.

De pronto, oyó una voz:

—Bravo, doctor Dupré, lo ha hecho usted muy bien.

El doctor levantó los ojos y miró hacia el rincón.

Allí estaba de nuevo la nube.

—¿Qué quiere que haga ahora?

—Salga a la calle. En el callejón de la derecha verá un coche negro. Suba a él sin hacer preguntas. El conductor lo llevará al lugar donde va a cumplir la misión más hermosa que le pueda ser concedida a un científico.

Bernard Dupré movió afirmativamente la cabeza.

—¿He de llevar alguna cosa?

—Sí —dijo El Fantasma—, llevará su cartera de mano con los documentos más importantes que tenga usted en su casa. Pero no quiero que invierta demasiado tiempo.

Lo tengo todo preparado. En un par de minutos estaré listo.

—Está bien, doctor.

Poco después, Bernard Dupré regresó al *living* con su cartera de mano.

La nube ya se estaba disipando.

—Póngase en marcha, doctor Dupré. Ya no volveré a aparecerme a usted. Nos veremos de nuevo muy pronto. Gracias por su colaboración.

El doctor esperó a que el último rastro de humo hubiese desaparecido.

Entonces, salió de su casa y caminó hacia el callejón, donde descubrió un auto que estaba con los faros apagados.

Abrió la portezuela trasera y subió.

Vio que el conductor se cubría los ojos con gafas oscuras.

Sin decir nada, tal como le había aconsejado El Fantasma, se arrellanó en el asiento. El hombre de las gafas oscuras puso el vehículo en marcha y se alejaron de allí.

CAPÍTULO IV

El comandante Ferniot estaba pálido como un muerto.

—¡Voto a mil diablos! En todos los años de servicio no me había ocurrido una cosa igual. Admito que los doctores Carrier y Romaines fueran secuestrados porque no los teníamos vigilados, pero no debió ocurrir lo mismo con el doctor Dupré. ¿Lo oye, agente Lapierre?

Guy Lapierre estaba sentado en un sillón, sujetándose la cabeza vendada.

—No lo comprendo, comandante. Le juro que fue él quien me atacó.

—¿Cómo lo sabe si fue atacado por la espalda?

—Sólo estábamos los dos en la habitación.

—Es lo que usted cree... Acaba de decir que el doctor Dupré le dio un vaso de *whisky*.

—Sí, señor, y ahí está lo raro. Primero se había mostrado muy enfadado por tenerlo bajo mi Vigilancia, pero después de hablar con usted se puso suave como un guante. Por eso me invitó a entrar...

Se encontraban en el *living* del doctor Dupré, ya que Lapierre, después de recuperar el conocimiento, llamó al comandante.

Con Ferniot habían llegado Paul Riviere y Bruno Nussac.

El comandante paseaba furioso de un lado a otro. De vez en cuando se detenía, cerraba los puños y daba rienda suelta a su malhumor.

—Confiese, Lapierre. Se quedó dormido.

—No, señor, no me quedé dormido.

—¿Podría jurarlo?

—Desde luego.

—¿Me quiere hacer creer que el doctor Dupré lo dejó sin conocimiento y que se secuestró a sí mismo? —Ya no sé nada,

señor.

—Claro que no sabe nada. Yo le diré cómo pasaron las cosas... Había otra persona dentro de la casa. —Yo no vi a nadie.

—Claro que no vio a nadie. Esa persona estaba escondida, y amenazó con matar al doctor si no lo hacía entrar a usted en la casa... El desconocido, naturalmente, también obligó al doctor Dupré a que le ofreciese un vaso de *whisky*. Luego, el secuestrador lo golpeó a usted en la cabeza y se llevó al doctor. Ahí lo tiene todo.

—Comandante —intervino Riviere.

—¿Qué le pasa, Paul? ¿Es que no está de acuerdo con mis conclusiones?

—No, señor, no es eso. El doctor Dupré era biólogo, como los otros doctores que fueron secuestrados. ¿No es cierto?

—Ya se lo dije.

—Pero ¿a qué se dedicaba concretamente el doctor Dupré?

—A regeneración de células. Según parece había obtenido resultados muy halagüeños. Se ha dicho en los medios científicos que sus investigaciones podrían tener gran resonancia con respecto al cáncer.

—¿Estaba relacionado con el estudio de los efectos de la guerra atómica en los soldados?

—No.

Se abrió la puerta y un agente entró.

—Comandante, el doctor Alfred Mallet.

Entró un hombre de unos sesenta y cinco años, cabello y bigotes blancos. Se cubría con un traje muy gastado, camisa blanca de cuello blando y portaba en la diestra un paraguas cerrado. Sin embargo, Mallet chorreaba como si no hubiese usado el paraguas.

Estaba lloviendo en París desde hacía media hora.

El comandante Ferniot se presentó a sí mismo mientras estrechaba la mano del doctor. Luego, presentó a sus colaboradores.

El doctor Mallet pestañeó mirando a un lado y otro, sin pronunciar palabra. Por fin, dijo:

—¿Qué quiere de mí, comandante?

—Doctor Mallet, en un espacio de doce horas han sido secuestrados tres de sus colegas, tres hombres importantes para la ciencia francesa.

—Para la ciencia mundial —le corrigió el doctor.

—Oh, sí, desde luego. Lo que quiero decirle, doctor Mallet, es que necesitamos su colaboración.

—Yo no soy policía, comandante Ferniot.

—No lo necesitamos para recuperar a los secuestrados y castigar a los culpables. Eso es cosa nuestra.

—Entonces, ¿qué desea de mí?

—Doctor, usted es el director del Instituto Biológico de Francia y, por tanto, los doctores secuestrados estaban a sus órdenes.

—¿Piensa que el Instituto Biológico es un cuartel, comandante Ferniot...? Se equivoca, cada hombre que trabaja en el Instituto goza de absoluta independencia.

—Pero, al menos, usted conocerá cuáles eran los trabajos a los que sus colegas dedican su atención.

—No siempre.

—En resumen, doctor Mallet, quiero saber concretamente la clase de experimentos que las víctimas realizaban en el Instituto.

El doctor bajó la mirada al suelo. En un momento determinado pareció extrañarse de llevar un paraguas en su mano y lo miró como preguntándose: «¿Qué hago con esto aquí?».

Finalmente clavó los ojos en los de Ferniot.

—Comandante, ¿cómo es posible que usted no lo sepa siendo un alto jefe de un servicio de contraespionaje?

—Usted se refiere al estudio de los efectos de la guerra atómica en los soldados.

El doctor Mallet hizo un gesto hosco.

—Si lo sabe, ¿por qué me pregunta?

—Porque pensé que quizá esos hombres se dedicaban a cosas distintas a las que el Gobierno les había encargado.

—Sí, ya le entiendo.

—Magnífico, doctor Mallet, y ahora, ¿qué me contesta?

El doctor se apretó el puente de la nariz titubeando.

—El doctor Marc Carrier había conseguido mantener vivo un cerebro durante tres meses. Pero eso sólo fue posible gracias a la ayuda que le fue prestada por el doctor Jacques Romain.

—¿Quiere decir que el cerebro ya murió?

—Sí.

—¿Se refiere a un cerebro humano?

—No, no era humano, sino de mono.

—¿Qué intervención tuvo en ese experimento el doctor Dupré...?

—Ninguna.

—Ya hemos vuelto a chocar con el muro. Si el doctor Dupré los hubiese ayudado en el experimento del cerebro, tendríamos una pista bastante segura.

—Sin embargo, debo aclararle algo con respecto al doctor Dupré, comandante Ferniot.

—¿A qué se refiere?

—Aunque el doctor Dupré no ayudó a los doctores Carrier y Romains en el experimento que acabo de citar, el doctor Dupré había logrado regenerar células nerviosas y eso sí que tiene que ver con el cerebro.

—Lo cual quiere decir que los tres hombres de ciencia desaparecidos tienen una semejanza entre sí.

—Hay una cuarta personalidad cuyos experimentos guardan también un parecido, como usted dice, con los ensayos realizados por los doctores Carrier y Romains.

—¿Quién es esa persona?

—La doctora Marie Lancerot.

CAPÍTULO V

Marie Lancerot vio que su colega, el doctor François Bodin, se disponía a besarla y le puso las manos en el pecho.

—¿Qué te pasa, querida?

—Eres un individuo peligroso.

—Es el mejor halago que me podías hacer —sonrió François.

—Estamos los dos solos, aquí en mi apartamento y no espero a nadie. Si me das el primer beso, yo querré más y entonces... —Empecemos cuanto antes con esos besos.

El se echó sobre ella, pero Marie, con mucha habilidad, se escurrió, y François besó el almohadón en el que Marie descansaba su cabeza segundos antes.

La joven ya estaba en pío. Era muy bonita, de cabello y ojos negros, esbelta, cintura estrecha...

François dio un suspiro mientras la contemplaba.

—Tienen razón los que dicen que pareces más una actriz de cine que una científica.

—Pero soy una científica —repuso ella levantando la barbilla con altivez.

—Desgraciadamente para mí.

—No hables como un hombre vulgar, François. —Cuando estoy a tu lado, quiero comportarme como el hombre más vulgar de la tierra.

—François, deberías avergonzarte por decir tales cosas...

—Marie, quiero casarme contigo.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Quiero ser el padre de tus hijos.

—El vino te sentó mal.

—Bebí tanto como tú.

—Sí, y por eso también me sentó mal a mí... Ya estoy arrepentida de haber consentido que te despidieses en mi apartamento. Debimos hacerlo en la puerta de la calle.

François saltó del diván y se acercó a la joven.

Le tomó las manos.

—Marie, te estoy hablando en serio... Te pido solemnemente que seas mi esposa.

—No puedo consentir que cometas una tontería.

El la miró asombrado.

—¿Eso opinas del matrimonio?

—Eso opino de un matrimonio entre científicos —puntualizó ella.

—Creo que estás completamente equivocada. Una mujer como tú debe casarse con un hombre como yo...

Marie negó con la cabeza.

—Creo que te equivocas, François... Nuestra vida sería demasiado rutinaria. Siempre hablando de virus, de bacterias, de microscopios, de probetas y de matraces...

—¿Y de qué quieres hablar con tu esposo...? ¿No me irás a decir que el mejor marido para una mujer de ciencia es un gángster?

—No estaría mal.

—¡Marie!

—Sería divertido, ¿no crees?

—Oh, sí, claro. Tú le contarías a él tus experimentos en el laboratorio y él te contaría los preparativos del asalto a un Banco, cómo se las iba a arreglar para introducir en el país unos kilos de heroína, o lo que le habían pagado por un lote de mujeres vendido en Marsella.

—Fascinante, ¿verdad?

—Marie, eres corrosiva.

La joven rió encantadoramente.

—François, es tarde. Ya continuaremos hablando mañana.

—Sí, ya veo que hoy tengo todas las de perder. Has adoptado esa actitud irónica. No te tomas nada en serio, ni siquiera la romántica declaración de amor de un romántico hombre de ciencia.

—François, vete a la romántica calle.

—Ahora mismo. No voy a entretenerte ni un minuto más.

Él se marchó furioso hacia la puerta, y ella, riendo, fue tras él.

Se encontraron de nuevo en el vestíbulo y Marie le hizo volverse.

—Desfrunce el ceño. Estás mucho más guapo.

—¿De qué me vale?

—Prometo tomar en consideración tus palabras.

—¿De veras? —sonrió él.

—Sí, pero no te prometo una respuesta afirmativa. Sigo pensando en que una mujer como yo no debe casarse con un hombre como tú.

—Muy bien. ¿Sabes lo que haré ahora? Me iré a la plaza Pigalle. Me acercaré a una de esas horizontales y le diré: «Señorita, soy un hombre de ciencia y una colega mía ha descubierto que la mejor esposa para mí es una de ustedes. De modo que, ¿quiere casarse conmigo?».

—Eres un payaso, François.

Marie lo besó en la frente, y él sacudió la cabeza, mientras decía:

—Un beso paternal como fin de jornada es mi trofeo.

—No te quejes, otras noches lograste menos.

—Hasta mañana, Marie.

François Bodin salió del apartamento y, cuando la puerta se hubo cerrado, Marie rió otra vez.

Fue a la cocina y calentó café.

De pronto, oyó un ruido en el vestíbulo.

Pensó que sería François que había vuelto.

—¿François, eres tú? —preguntó no obstante.

No obtuvo respuesta.

Salió al vestíbulo, pero no vio a nadie.

Entonces, pensó que aquel ruido sólo había existido en su mente.

Fue a entrar de nuevo en la cocina cuando vio moverse algo en el rincón. Era una especie de nube.

Echóse a correr porque pensó que François o ella misma habían echado allí la punta de un cigarrillo y se estaba quemando algo.

—Deténgase, Marie.

Se paró sintiendo golpearle el corazón contra sus costillas.

Aquellas palabras habían brotado de la nube, que poco a poco iba adquiriendo mayor volumen, alargándose por la parte superior.

Se dijo que eso era imposible, que no podía estar ocurriendo en

su apartamento. Una nube no podía hablar.

—Buenas noches, Marie.

Ya no tuvo ninguna duda. La voz había salido de aquella nube.

—¿Quién es usted? ¿De dónde me habla?

—Puedes llamarme El Fantasma...

—¿El Fantasma? Oh, no. No existen los fantasmas... —Lo pudiste pensar hasta ahora, pero ya debes cambiar de opinión. Yo soy un fantasma...

Marie se apretó las sienes. Le había dicho a François que ella también había bebido demasiado vino. Sí, se había excedido y eso lo explicaba todo. Estaba ebria. Tenía que estarlo.

—Doctora Lancerot —dijo aquella voz—, ha sido elegida para cumplir una gran misión en la Tierra.

—¿A qué misión se refiere?

—Ya lo sabrás a su debido tiempo —la tuteó.

—Pero no comprendo nada.

—No hace falta que comprendas ahora.

—¿Qué quiere de mí?

—Que salgas de este apartamento.

—¿Adónde he de ir?

—Sólo caminarás hasta la esquina más próxima. A la izquierda. Allí te estará esperando un automóvil negro. Ocupa el asiento posterior... Y enseguida iniciarás un viaje. Yo mismo te daré la bienvenida cuando llegues a tu destino. Entonces, serás informada del trascendental papel que vas a representar en el mundo en que vives.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

Marie dio un grito.

La nube empezó a disiparse.

—Eh, oiga, no se marche... ¿Qué le pasa? ¿Por qué huye?

La nube se esfumó y en pocos segundos en el rincón no quedó nada.

Marie se tambaleó.

La puerta del apartamento se abrió bruscamente y un hombre entró.

—Eh, ¿quién es usted? —dijo Marie—. No le dije que entrase.

—Mi nombre es Paul Riviere, señorita Lancerot.

—No lo conozco a usted.

—Soy un agente secreto.

—¿Un agente secreto?

Paul Riviere le enseñó su credencial.

—Pero ¿cuál es el motivo de su visita, señor Riviere?

—Verá, señorita Lancerot, tres hombres de ciencia franceses han sido secuestrados hoy...

—¿Tres?

—Sí. Los doctores Marc Carrier, Jacques Romain y Bernard Dupré...

—Pero ¿por qué fueron secuestrados?

—Lo ignoramos.

—Imagino que también ignoran quiénes son sus secuestradores.

—Sí, señorita Lancerot.

—¿Y para qué viene a decirme eso?

—Es fácil...

—Oh, sí, ya le comprendo. Piensa que yo también voy a ser secuestrada.

—Sí, señorita Lancerot.

—Qué tontería.

—¿Por qué lo considera así, señorita Lancerot? Usted es una eminente personalidad científica.

—¿Qué sabe de mí desde el punto de vista científico?

—Que se ha especializado en los trasplantes de córnea y todo lo que tiene que ver con la visión.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—El doctor Alfred Mallet...

La joven respiró profundamente.

—Le agradezco sus atenciones, señor Riviere. Pero no necesito su ayuda.

Paul sonrió.

—Señorita Lancerot, me temo que no es usted quien puede decidir si mi ayuda le es necesaria o no.

—¿Quiere decir que se va a quedar en mi apartamento?

—Debo cuidarla.

—Yo me niego a que me cuide.

—Sea un poco más comprensiva... Le daré muy poco que hacer. No necesito siquiera una cama. Me bastará con ese diván.

La joven agrandó los ojos.

—¿Cree que le voy a dejar que pase la noche en mi apartamento?

—No creo que surjan inconvenientes.

—Usted cree que no, ¿verdad? ¡Pues sepa una cosa, señor Riviere! ¡Soy una mujer soltera!

—Magnífico.

—¿Qué...?

—Quiero decir que, hoy día, una mujer debe pensarlo bien antes de casarse.

—Señor Riviere, no me gusta nada su sentido del humor... Y le repito que no puedo consentir que se quede... Sepa de una vez que estoy comprometida...

—¿De veras? ¿Y con quién? —Con un colega.

—¿Puedo saber el nombre?

—El doctor François Bodin. Esta misma noche me pidió que fuese su esposa. —¿Y qué le contestó?

—No es asunto suyo...

—Está bien, no se preocupe. Deme el número de teléfono del doctor Bodin.

—¿Para qué quiere el número de teléfono del doctor Bodin?

—Para decirle que estoy aquí.

—¿Cómo?

—De esa forma, si se lo decimos con anticipación, él no pensará mal.

—Es la cosa más estúpida que he oído en mi vida.

—Yo sólo quiero colaborar con usted, señorita Lancerot, y le pido que usted también colabore conmigo...

—¿Sabe lo que le digo, señor Riviere? Que no creo que su jefe le haya mandado aquí.

—¿Y qué es lo que piensa?

—Que yo le he gustado y ha venido aquí para aprovecharse.

Paul se rascó en el cogote.

—Oiga, doctora, es usted muy hermosa. Sí, yo diría que es mi tipo de mujer, pero cuando estoy en acto de servicio olvido ciertas cosas de mi sexo. A menos que la otra parte se muestre propicia.

—Es usted un cínico.

—Lo que trato de meterle en la cabeza es que la voy a respetar, que no le voy a hacer el amor. Ande, deme uno de sus librotos y me

pondré a leer.

—¿Quiere decir que no va a dormir?

—No, señorita Lancerot, no puedo dormir. A las cuatro de la madrugada seré sustituido, por un compañero, Bruno Nussac, y entonces podré descansar. Lo hemos pensado bien.

Usted estará vigilada en todo momento. Nadie la va a secuestrar. Se lo digo yo.

La joven apretó los labios con firmeza.

—¿Qué pasa si ahora mismo me marchase, señor Riviere?

Paul le sonrió.

—Hace una buena noche. Si quiere, salimos juntos.

—No quiero su compañía.

—Lo siento, señorita Lancerot, pero si decide salir, yo la acompañaré.

—Le diré lo que es usted, señor Riviere.

—Dígalo, no se lo calle.

—Un tipo jactancioso... Un tipo insoportable, un tipo...

—Continúe. No se detenga.

—Váyase al infierno.

—Lo siento, pero no puedo irme hasta que hayamos resuelto este caso de los secuestros, y entonces, si no le parece mal, preferiré la Riviera al infierno.

La joven dio media vuelta y se metió en la cocina.

El café se estaba saliendo de la cafetera exprés y soltó un grito.

Oyó pasos a su espalda y vio aparecer a Paul Rigiere.

—¿Quién lo ha llamado?

—La oí gritar y pensé que estaba en peligro.

La joven apartó la cafetera del fogón y, como se quemó, volvió a gritar.

Paul había cruzado los brazos.

—¿Por qué no me ayuda? —exclamó ella.

—No quiero acercarme a usted, por si muerde.

Los ojos de Marie centellearon.

—¿Quién es su jefe?

—El comandante Ferniot.

—Hablaré con él mañana. Le diré quién es usted y la forma en que se está comportando conmigo.

—Dígale lo que quiera. El está acostumbrado a oír protestas...

Pero no espere que por eso me meta en el pozo del tormento... La joven se preparó una taza de café.

—Me gustaría tomar una taza —dijo él.

—Sírvasela usted, mientras yo me voy a tomar una ducha.

—No se encierre con llave.

—¿Espera que tome la ducha con la puerta abierta y teniéndolo a usted en la casa?

—Ya le he dicho que sus encantos me tienen sin cuidado, si usted no piensa otra cosa. La joven ya había bebido el café, y salió de la cocina como un relámpago.

Entró en su dormitorio.

Se desvistió con rapidez y cubrióse con un batín.

Iba a entrar en el cuarto de baño cuando vio que se estaba formando una especie de nube en el rincón.

—Hola, Marie —dijo la voz.

Era otra vez El Fantasma.

CAPÍTULO VI

Marie sintió un escalofrío por la espalda.

Tenía los ojos fijos en aquella nube que se iba alargando como antes.

Creyó ver dos agujeros en la parte superior, como ojos.

—¿Por qué no te has desembarazado de él, Marie?

—No he podido.

—Tienes que salir de aquí...

—Saldré.

—No puedes esperar mucho tiempo... Yo te necesito.

—No se preocupe. Sabré deshacerme de él.

—Tienes que darte prisa... Tu misión no puede esperar. —No puedes defraudarme... El auto te está esperando.

—¿Qué se le ocurre?

—Golpea a ese hombre en la cabeza y déjalo sin conocimiento.

—Sí, eso haré. Pero ¿y si fallase?

—¿Tienes barbitúricos?

—Sí.

—Mézclale unos cuantos comprimidos en cualquier líquido, *whisky*, leche, o lo que sea. Tuviste una oportunidad con el café.

—No lo pensé.

—Debiste pensarlo. Todas las personas que trabajan para mí han de ser listas, poseer rapidez mental. Has cometido un error, pero todavía lo puedes subsanar.

—Sí, señor.

—Recuérdalo... Golpéalo y, si no puedes, los comprimidos. Ahora yo me voy. Espero no volver a tu lado. Nos veremos en el lugar de destino.

—Sí, señor.

La nube se fue esfumando.

De pronto, la puerta se abrió de golpe. Marie se volvió, lanzando un grito.

Era aquel agente, Paul Riviere.

—¿Con quién hablaba, señorita Lancerot?

—¿Yo?

—Sí, usted. Oí que estaba hablando con alguien.

Marie señaló el teléfono.

—Oh, sí, utilicé un momento el teléfono.

—Pero usted no recibió una llamada.

—No, fui yo quien llamé a una amiga.

—¿Quién es su amiga?

—¡No se lo diré!

—Señorita Lancerot, está usted poniendo las cosas difíciles. ¿Cómo quiere que le diga que estoy aquí para ayudarla...? Insisto en que tenemos razones fundadas para sospechar que puede usted ser secuestrada lo mismo que sus colegas, y hemos de evitarlo. Por tanto, usted tiene la obligación de echarnos una mano.

—Está bien, cuente con ello. Hablé con mi amiga Jeanne Kieffer.

—¿Quién es?

—Una alemana que trabaja conmigo en el laboratorio.

—¿Su número de teléfono?

—¿Para qué?

—Quiero hablar con Jeanne Kieffer.

—¿Piensa acaso que le estoy engañando...? Es usted...

Marie se interrumpió. ¿Por qué no le daba el número de Jeanne Kieffer? El quedaría de espaldas y entonces ella le podría golpear y escaparía.

—Está bien, señor Riviere —le dio el número de teléfono de Jeanne Kieffer.

Paul descolgó el teléfono y se puso a marcar.

Marie miró a su alrededor en busca del objeto que debía servirle para golpear en la cabeza del agente.

En el tocador había un Apolo de bronce. Se lo había regalado François en su último cumpleaños. Sí, la estatua pesaba mucho y serviría para propinar un buen golpe al sabueso.

Atrapó al Apolo y se acercó a Paul.

Éste ya había marcado el número.

—¿Señorita Kieffer...? Soy un amigo de la doctora Lancerot... A ella se le olvidó hace un momento decirle algo.

Paul se volvió como una centella.

Atrapó la mano armada de Marie cuando la joven se disponía a descargar sobre su cabeza la estatuilla de bronce.

—Pero ¿es que se ha vuelto loca?

Dio un tirón de Marie, la empujó hacia la cama y él se fue tras ella dejando el teléfono en el camino.

Los dos rodaron, Marie lanzando un grito furioso.

Paul la atrapó por la mano, obligándola a soltar la estatua de bronce.

—¿Qué es lo que se proponía, Marie?

—Hacerle una caricia.

—Iba a desembarazarse de mí, ¿por qué?

—Porque me es usted antipático...

Paul señaló el teléfono que estaba descolgado, mientras decía:

—Su amiga Jeanne Kieffer me ha dicho que no ha hablado con usted en toda la noche... —No me sacará una palabra más.

—Pero ¿qué es lo que le pasa? ¿Por qué adopta esa actitud, Marie...? ¿Qué es lo que tiene contra mí?

—No me gustan los policías.

—¿Y con eso los ataca?

—Sí.

—Usted es una persona inteligente.

—Gracias.

—Quiero decir que sus excusas están demostrando que se encuentra en baja forma en cuanto a inteligencia. Se comporta como una chiquilla. Me parece increíble que sea usted una personalidad en el mundo científico. He conocido a mujeres que apenas sabían leer y escribir y tenían más células grises que usted.

—Ande, siga insultándome, si con eso se desahoga.

—No, señorita Lancerot. No me desahogo. Estoy tratando de llegar a la verdad. Usted no me atacó por el simple hecho de que le resulten antipáticos los policías. Hay algo más, y es lo que quiero que me diga.

—Ni lo piense. Y ahora, ¿quiere dejar de apretarme los brazos? Me está haciendo daño. Paul la dejó libre, atrapó el receptor que colgaba y oyó la voz de la doctora Kieffer.

Estaba preguntando qué pasaba.

—Doctora Kieffer, le habla la policía... Sólo estábamos haciendo una comprobación.

Inmediatamente, Paul Riviere colgó.

La joven se había puesto en pie y se estiraba el batín a la altura de las caderas.

—¿Sabe lo que pienso, Marie?

—Cállelo.

—No puedo... He pensado que usted está de acuerdo con los secuestradores.

—Enhorabuena.

—No me conteste así.

—¿Qué quiere? ¿Qué me ponga a aplaudir?

—Sólo que me escuche. Usted ha tratado de dejarme sin conocimiento. ¿Qué habría hecho después? Está claro que hubiese huido. ¿Para qué? Yo se lo diré. Para escapar con sus cómplices. Así que, usted está en el secreto del negocio.

—Bravo.

—Ahora lo va a confesar todo.

—No tengo nada que confesar.

—Muy bien, llamaré a mi jefe.

Paul descolgó de nuevo el auricular y marcó el número del comandante Ferniot. Ahora se preocupó de no dar la espalda a la joven.

—No lo llame —dijo Marie.

Paul todavía no había terminado de marcar el número y se interrumpió.

—¿Va a hablar?

—Sí.

—Prométamelo.

—Prometido.

Paul colgó nuevamente el receptor.

—Empiece, Marie. La escuchó.

—Quiero que se marche porque tengo una cita amorosa...

—Maravilloso.

—No se burle.

—Oh, perdón. Ande, continúe. ¿Quién es el afortunado?

—Un hombre que no es de mi clase... Un aventurero... Me he

dicho a mí misma muchas veces que no debía enamorarme de un tipo así, pero ya sabe lo que es el amor.

—¿Qué es el amor?

—¿Es que no lo sabe?

—No. Nunca me enamoré.

—No puedo creerlo. Usted parece un hombre muy sensible.

—Eso dicen mis enemigos cuando me pongo a sacudir puñetazos... Pero no se detenga. Prosiga con su romance... Usted quiere desembarazarse de mí porque va a recibir a su amado.

—Sí, y él es muy celoso. Si lo ve aquí, será capaz de hacer cualquier barbaridad.

—No se preocupe entonces.

—¿Se irá?

—Ni hablar de eso.

—¡Tiene que marcharse! —exclamó Marie pegando una patadita en el suelo.

—Es usted una embustera.

—¿Qué?

—Ya lo ha oído. No ha dejado de mentirme desde que empezó a contarme su historia. La conozco a usted, a pesar de que la vi esta noche por primera vez... No existe tal amante y usted tampoco está enamorada de nadie... Sólo hay una cosa cierta, que usted quiere largarse. ¿Adónde? No lo sé. ¡Pero usted lo va a escupir!

En aquel momento Paul oyó una voz tras sí:

—Ya ha dicho bastante, señor Riviere.

CAPÍTULO VII

Paul se volvió bruscamente, llevando la mano a la axila, en donde tenía la pistola.

Sin embargo, no llegó a sacar porque vio un arma que lo estaba apuntando. Era una «Luger» provista de silenciador que esgrimía un hombre con el pelo cortado a capillo y que cubría los ojos con gafas oscuras.

—Vaya —dijo Riviere—. Resulta que me equivoqué. Parece que existe el amante aventurero.

—Señorita Lancerot —dijo el hombre de las gafas oscuras—. Vístase. Va a venir conmigo.

—¿Adónde?

—Usted ya sabe dónde.

—¿Es usted el hombre del auto?

—Sí.

—Está bien. Enseguida me preparo.

La joven tomó la ropa y echó a andar hacia el cuarto de baño.

—Espere un momento, señorita Lancerot —dijo Paul.

—¿Qué quiere ahora?

—¿Quién es este hombre?

La joven parpadeó.

—La verdad es que no sé quién es.

—Entonces, ¿por qué va con él?

—Porque me inspira confianza.

—¿Quién le habló de él?

—No le importa a usted...

—Claro que me importa. Dígalo. Se lo ordeno.

—El Fantasma.

—¡Cállese, señorita Lancerot! —gritó el hombre de las gafas

oscuras.

Hubo un silencio en la estancia.

El desconocido hizo un gesto con la cabeza y la joven se metió en el cuarto de baño.

Paul se echó a reír al quedar a solas con el hombre que esgrimía la «Luger».

—Esto resulta divertidísimo —dijo.

—Lo celebro por usted.

—¿Me va a matar?

—Sí, desde luego.

—¿Con la pistola?

—Es usted un estúpido si duda que la voy a emplear.

—Muy bien. Si me va a matar, puede contarme la historia de su vida.

—Le resultaría muy aburrida.

—Entonces, hábleme de su jefe, El Fantasma.

—No hay tal fantasma.

—Ella lo llamó así.

—La chica no sabe lo que dice.

Paul movió la mano hacia el bolsillo de la chaqueta.

—Quieto, Riviere.

—Sólo iba a sacar un cigarrillo del bolsillo.

—Ya fumará.

—¿Cuándo, si me va a matar?

—En el otro mundo.

—Entonces, no me hará falta porque no le sacaré gusto al tabaco.

—Estese tranquilo.

—¿Dónde están los otros doctores?

—No sé a qué se refiere.

—Lo sabe bien. El doctor Carrier, el doctor Romaines y el doctor Dupré fueron secuestrados antes que la señorita Lancerot. ¿O quizá se unieron voluntariamente a ustedes como la doctora Lancerot?

El hombre de las gafas oscuras dio un bostezo.

—No es usted nada divertido, señor Riviere. Y eso está en contradicción con mis noticias.

—¿Me conoce?

—Sí, claro.

—¿Y qué supieron de mí?

—Que es usted un tipo la mar de chistoso cuando se encuentra en una situación de peligro.

—¿Quién le dijo eso?

La joven salió del cuarto de baño. Ya estaba vestida. —Podemos marcharnos— dijo.

—Señorita Lancerot —intervino Paul—, ¿quiere mirarme un momento? ¿Sabe lo que va a hacer este hombre conmigo? Me va a matar...

—Oh, no.

—Sí. De modo que usted va a ser cómplice del asesinato de un policía...

Ella se volvió hacia el desconocido.

—No quiero que lo maten.

—Es necesario, doctora... Y ahora, ya basta de discusiones. Salga delante de mí.

—No quiero ser cómplice de un asesinato. Usted no matará a este hombre.

—Doctora, ¿debo recordarle que usted debe obedecer a mi jefe?

La joven guardó un silencio.

Transcurrieron unas fracciones de segundo, y por último la joven dio media vuelta y salió de la estancia.

—Doctora —dijo Paul Riviere, pero ella no se volvió.

El hombre de las gafas oscuras, dijo:

—Espéreme en el automóvil, doctora, ya sabe dónde está.

Paul se maldijo para sus adentros, porque, tal como estaban las cosas, no tendría oportunidad de descifrar el misterio. Aquel tipo le iba a meter una bala porque ya había arqueado el dedo en el gatillo.

—Espere un momento, amigo —dijo.

—Lo siento, no puedo esperar.

Paul saltó en el aire cuando vio que la bala iba a salir por el agujero.

Sonó un estampido.

Paul había alargado el brazo, pero eso no le sirvió de nada.

Algo explotó en su cabeza.

Todo lo vio oscuro y su cuerpo empezó a llenarse de frío.

CAPÍTULO VIII

Paul Riviere volvió en sí.

Estaba tendido en una cama. La habitación olía a hospital.

Por encima de él vio la cara del comandante Ferniot.

—¿Qué tal se encuentra?

—¿Qué pasó, comandante?

—La bala le rozó la cabeza. Siempre he dicho que la tenía muy dura, y que es usted un tipo con una gran suerte.

—¿Qué hay de la chica?

—Desapareció, lo mismo que los otros.

—Se la llevó el tipo de las gafas oscuras.

—¿Quién es?

—No dijo su nombre. Unos cuarenta años, alto, cabello castaño, cortado a lo cepillo. Tiene una verruga en la mano izquierda.

—¿Algo más?

—Se me olvidó pedirle la partida de nacimiento.

Los ojos del comandante Ferniot centellearon.

—Apenas acaba de volver en sí y ya está diciendo chistes.

—¿No se alegra? —Paul Riviere alejó las sábanas de sí y puso los pies en el suelo.

—Eh, ¿qué es lo que hace? —Ladró el comandante.

—Ya me cansé de estar aquí.

—Sólo lleva cuatro horas.

—Fue un buen descanso. Bastante para mí.

—¿Tiene alguna pista?

—No, ninguna, pero hay algo extraño con respecto a la chica.

—Hable, Paul, ¿a qué se refiere?

—Ella tenía verdadero interés en que la secuestrasen.

—¿Qué tontería está diciendo?

—Es la pura verdad, y eso coincide con lo que pasó con el doctor Dupré. Recuerde las palabras de nuestro compañero Guy Lapierre. Dupré lo invitó a tomar un *whisky* y tuvo la impresión de que el propio doctor le golpeó en la cabeza.

El comandante se quedó con la boca abierta.

—¿Piensa que no ha habido tales secuestros y que los supuestos secuestrados se marcharon voluntariamente?

—Sí.

—No he oído mayor tontería en mi vida. ¿Me va a hacer creer que cuatro doctores franceses han desaparecido voluntariamente?

—Por muy difícil que le parezca, las cosas están así.

—La bala no lo mató. Pero le aflojó un tornillo.

Paul señaló la cara de su jefe.

—Comandante, algo muy gordo puede estar ocurriendo en alguna parte.

—¿Va a meterme miedo?

—No. Ya sé que a usted nada le produce miedo... Pero estoy hablando de una hipótesis que, en caso de confirmarse, daría miedo hasta al mismísimo James Bond.

—No estoy para bromas.

—Hablo muy en serio, comandante, y sólo tengo en cuenta los datos con que contamos en este caso. Han desaparecido cuatro doctores, y los cuatro eran especialistas en injertos humanos.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Apuesto a que ya lo imagina.

El comandante Ferniot se mojó los labios con la lengua.

—¿Supone que hay alguien que se quiere aprovechar de los conocimientos de los cuatro doctores desaparecidos?

El comandante Ferniot titubeó.

—Entiendo. Usted supone que están creando algún ser extraño...

—Sí.

—Algo así como un nuevo Frankenstein.

—Es posible.

—No diga tonterías, Paul.

—Ya empieza a admitirlo usted mismo. Recuerde, esos doctores son primeras autoridades en distintas materias, en regeneración de células de diversas clases, entre ellas las nerviosas, en injerto de córneas...

—Le prohíbo que siga hablando.

—Ya ha sentido un escalofrío por la espalda, ¿verdad, comandante?

—He sentido algo más que eso, y no me avergüenzo decirlo. Pánico.

—Lo celebro.

—Usted está fantaseando. Su cabeza ha sido dañada.

—Comandante Ferniot, necesito salir de aquí. Alárgueme mi ropa.

—No va a salir de aquí. Se quedará.

—Comandante, usted me necesita más que nunca. —Ya salió el imprescindible Paul Riviere.

—Lo crea o no, ahora soy imprescindible. Yo vi al hombre de las gafas oscuras. Hablé con él... Y también hablé con la doctora Marie Lancerot... Pero hasta ahora me he callado una cosa.

—¿A qué se refiere?

—Al fantasma.

—¿Al fantasma?

—Hay un fantasma en este caso. Es así como llaman al jefe.

El comandante Ferniot se pasó una mano por la cara.

—Paul, por favor, trate de dormir...

—¡No puedo! ¡He de salir!

Paul se puso en pie tambaleándose.

El comandante Ferniot se dirigió hacia la puerta y la abrió de un tirón.

—Que entren los loqueros —dijo.

—Así es.

Dos hombres entraron en la estancia. Se cubrían con batín blanco y eran muy forzudos.

Paul chilló:

—Eh, comandante, no me puede hacer a mí esto... ¡No estoy chiflado! ¡Dícales a estos hombres que salgan de aquí...! ¡No los necesito para nada...! ¡Quiero incorporarme al servicio...! ¡He de acabar con El Fantasma antes de que él acabe con nosotros!

—Pónganle la camisa de fuerza —ordenó el comandante Ferniot.

Uno de los enfermeros ya tenía la camisa en la mano.

Paul le tiró un puñetazo, pero estaba demasiado débil.

Los empleados cayeron sobre él con la fuerza de un rebaño de

reses y lo inmovilizaron.

Un minuto después, el agente Paul Riviere tenía puesta la camisa de fuerza.

El comandante Ferniot le hizo un saludo de despedida y dijo:

—Tranquilo, muchacho, tranquilo... Ya le traeré noticias del caso.

CAPÍTULO IX

El cangrejo debía pesar media tonelada. Estaba sentado en un sillón. Sus enormes pinzas se movían lentamente. Sus ojos eran como bolas negras, embetunadas, y su enorme boca parecía sonreír.

Las velludas patas estaban quietas y colgaban flácidas, repugnantes.

El doctor François Bodin se acercó al cangrejo portando una enorme jeringa, provista de una larga aguja hipodérmica.

La jeringa estaba casi llena de un líquido color ambarino.

—Sujétenlo por las pinzas —dijo—. Tengo que inyectarle en el lado derecho.

Dos hombres que se cubrían con bata blanca se dirigieron hacia el cangrejo.

Cada uno de ellos estaba provisto de un brazo de acero que movían por medio de un sistema automático.

De esa forma, podían sujetar al cangrejo desde una distancia prudente sin necesidad de arriesgarse a ser atrapados por las terribles pinzas.

El cangrejo, al sentir el acero, se removió en el asiento.

De su boca escaparon unos sonidos guturales.

—Demonios —dijo uno de los ayudantes del doctor—. Este monstruo parece que quiere hablar.

—Ya hablará cuando le haya inyectado.

El cangrejo quedó inmovilizado y entonces el doctor Bodin se acercó con la jeringa.

Buscó la carne del cangrejo, entre el duro caparazón, y por fin hizo penetrar la aguja. El cangrejo saltó al ser herido.

De su boca brotó un rugido.

Uno de los ayudantes, el más bajo, saltó asustado y dejó escapar

el brazo de acero que sujetaba la pinza de ese lado.

La pinza se levantó abriendo sus dos sierras y descendió sobre el empleado.

—¡Socorro, doctor Bodin!

—Maldita sea, Pierre, ¿por qué has soltado eso?

Ya era demasiado tarde para Pierre. Las pinzas lo atraparon por la cintura.

Los dos serruchos hicieron presión.

La cara de Pierre se llenó de terror, sus ojos parecieron escaparse de las órbitas.

Su cuerpo reventó como si fuese un gusano.

El empleado que sujetaba la otra pinza también dejó caer el brazo de acero y corrió aullando de miedo.

El doctor Bodin se vio en peligro y dejó clavada la aguja en la carne del cangrejo. Saltó hacia la pared para salvarse de las mortales pinzas.

Justo en aquella parte de la pared había una especie de extintor.

Bodin lo atrapó con las dos manos y, con sangre fría, revolviéndose hacia el cangrejo, espolvoreó parte del líquido que contenía la vasija.

El cangrejo se debatió en el sillón, y cayó de él y levantó las pinzas en el aire.

El doctor Bodin avanzó sobre el monstruo crustáceo sin dejar de enviarle el líquido que contenía el extintor.

El cangrejo se volcó hacia un lado.

Las pinzas chocaron contra la pared produciendo un tremendo desconchado.

Luego, soltó otro rugido.

Sus velludas patas se estremecían con los estertores de la muerte.

Finalmente, aquella especie de ronquido que brotaba de la boca del monstruo se fue acallando.

El doctor Bodin retrocedió respirando entre jadeos.

El segundo empleado que había echado a correr se asomó por la puerta.

—¿Por qué has hecho eso, Louis? —preguntó el doctor Bodin.

—Perdone, doctor, pero me dio mucho miedo.

—No lo volverás a sentir, Louis.

—¿Qué va a hacer, doctor?

—¿Tú qué crees?

—No, no lo haga, por favor...

El doctor Bodin apuntó con el extintor hacia Louis.

—Por favor, doctor. Le he sido fiel.

—Has estado a punto de producir una catástrofe.

—No fue culpa mía, sino de Pierre... Fue él quien falló.

—Tú también fallaste, Louis.

—Perdóneme, no lo volveré a repetir...

—Eh esta fábrica de monstruos no se puede permitir el menor fallo, ya que nos expondríamos a ser destrozados por los propios seres que creamos.

—No, doctor..., no... —exclamó Louis poniéndose de rodillas.

El doctor Bodin le envió una rociada del extintor.

Louis se echó hacia atrás, pero ya era demasiado tarde. El tamaño de sus ojos aumentó el doble.

Cayó de espaldas, contorsionándose, y unos segundos después estaba muerto.

De pronto, se oyó una voz procedente del fondo de la habitación.

—Doctor Bodin, acaba de fracasar en su experimento.

—Lo siento, no ha sido culpa mía.

—Lo he visto todo a través de la pantalla de televisión.

—Entonces habrá visto que los responsables fueron mis dos empleados.

—Debió entrenarlos.

—Lo estaban suficientemente, no habían fallado hasta ahora...

—Dígame, doctor Bodin, ¿cuánto tiempo ha invertido en crear ese crustáceo?

—Dos meses, señor.

—Dos meses perdidos.

—Ahora estoy en condiciones de hacerlo en mes y medio.

—Cuarenta y cinco días que debemos esperar.

—Tenemos muchas ventajas, señor. El nuevo cangrejo que salga de mis manos será perfecto.

—No sé si debo castigarlo, doctor Bodin.

—Le presento mis excusas y le aseguro que no se volverán a repetir estos fallos.

—Eso espero. Vaya ahora a la sala de recepción. Acaba de llegar la doctora Marie Lancerot. Pero antes avise a la sección de emergencia para que se ocupen de desalojar esa sala. Mañana mismo empezará usted su nuevo trabajo.

—Sí, señor.

—No se retrase. Lo espero en la sala de recepción.

El doctor Bodin dejó el extintor en su sitio y luego apretó uno de los cuatro botones que había en la pared y que comunicaba con la sección de emergencia.

Inmediatamente, salió de aquel laboratorio y viajó en un ascensor hasta la sala de recepción.

* * *

Marie Lancerot estaba sentada en un sillón, alrededor de una gran mesa donde había varios sillones desocupados.

La joven se sentía confusa. En aquel momento no sabía ni cómo había llegado hasta allí.

Estaba viviendo en un mundo completamente extraño.

Se abrió una puerta y apareció el doctor François Bodin.

—¿Cómo estás, Marie?

—¿Qué haces aquí, François? —exclamó Marie saliendo al encuentro de su amigo.

—Estoy trabajando en este laboratorio desde hace cuatro meses. Celebro mucho que ahora te incorpores tú también a este trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Algo que superará todos tus sueños.

—¿De qué se trata concretamente?

—De crear nuevos seres.

—¿Crear nuevos seres...?

—Sí, Marie. En eso consiste única y exclusivamente nuestro trabajo. Es algo maravilloso sacar algo de la nada.

—Estoy confusa, no entiendo nada... Ni siquiera sé cómo llegué hasta aquí.

—Eso es fácil. Estás aquí porque yo lo quise.

—¿Tú?

—Te hipnoticé.

—¡François!

—Sí, querida, te hipnoticé mientras cenábamos. Fue por lo que te invité esta noche.

—No puedo creerlo.

—Sin embargo, todo pasó como yo ordené que pasase.

—¿Y qué es lo que tú ordenaste...?

—Que verías una nube en tu apartamento, que ella te hablaría, que te diría que debías salir de tu casa, que subieses a un auto...

—Entonces, ¿aquella nube...?

—Sólo existió en tu mente.

—No te creo una sola palabra.

François sonrió.

—Es un poder que me fue dado por El Fantasma.

—¿Quién es?

—El dueño de este laboratorio.

—¿Cómo se llama?

—Ya te lo dirá él.

—François, creo que estoy viviendo una pesadilla... Todo esto no puede ser cierto... —Sin embargo, es verdad, querida, y deberías estarme agradecida por haber pensado en ti.

—¿Cómo puedes hablar así...? François todo esto es una locura...

—Te convencerás muy pronto de que, por el contrario, se trata de la obra más grande que han podido emprender los hombres desde la creación del mundo... Vamos a superar la ley de la evolución... Sí, Marie, vamos a ser como dioses...

—Oh, no, François, tú no estás hablando en serio... Dime que todo esto forma parte de una broma...

—Cariño, ¿por qué te iba a engañar yo en materia científica...? Aunque debo aclararte que tampoco te engañé cuando te dije que te quería.

François la tomó por los brazos, pero ella se retiró como si la hubiesen puesto en contacto con una corriente de alto voltaje.

—No me toques...

—¿Qué te pasa, Marie?

—¿Te atreves a preguntarlo...? Todo eso que estás diciendo es una serie de monstruosidades... Me niego a creerte, me niego a aceptar.

—Tranquilízate, pequeña.

—François, por lo que más quieras, salgamos de este lugar... Necesito respirar aire puro.

—Ya no puedes salir de aquí.

—¿Qué quieres decir...?

—Que vas a trabajar en este laboratorio. Es maravilloso. No te hará falta nada y también me tendrás a mí...

—Entonces, lo del secuestro era verdad.

—No, Marie, no existe tal secuestro puesto que viniste por tu propia voluntad...

—No lo hice por mi propia, voluntad desde el momento que me hipnotizaste.

—Bueno, ¿qué más da...?

—Quiero marcharme de aquí ahora mismo. ¿Por dónde debo salir?

François Bodin se echó a reír y ella dijo:

—¿Lo encuentras gracioso, François?

—Sí, mucho... Fuiste elegida entre otros muchos para la misión más importante.

—Sí, eso me dijo aquella nube.

—Te lo dije yo. Recuerda que la nube no existía.

—Está bien, voy a aceptarlo, ¿a qué misión te refieres?

—Vas a completar la criatura más fascinante de cuantas han existido sobre nuestro sistema planetario. —¿Completarla?

—Le faltan los ojos.

—Me niego rotundamente a tomar parte en un experimento de esa clase.

—No puedes negarte. Te debes a la ciencia.

—Yo me debo a la humanidad.

—Estoy de acuerdo, te debes a la humanidad y por eso vas a colaborar.

—¿Qué tiene que ver la humanidad con esa criatura fascinante como tú la llamas?

—Va a regir el mundo.

—Todavía no lo entiendo.

—Será el amo del destino de los humanos. El futuro que será maravilloso para todos, porque el ser que hemos creado posee la inteligencia más poderosa. Sus obras serán las mejores y lo que él piense y ordene será ejecutado sin pestañear porque ello convendrá

al mundo.

Marie frunció el entrecejo. Estaba asustada. Cada vez lo estaba más.

—François, tienes que volver en ti... Debes venir conmigo. Escapemos de aquí antes de que sea tarde... No quiero permanecer más en este lugar —miró a un lado y otro—. Algo me dice que éste es un lugar horrible, algo así como si un infierno hubiese sido creado en la tierra.

De pronto se produjo un triángulo de luz en la pared y a través del haz se oyó una voz que dijo:

—Usted ya pertenece a esta comunidad, doctora Lancerot, y yo, El Fantasma, le doy, la bienvenida.

CAPÍTULO X

—¿Quién es usted? —preguntó Marie.

—Ya se lo he dicho, El Fantasma.

—No creo en fantasmas.

—En un momento determinado, le descubriré mi personalidad. Ahora no es necesario, doctora Lancerot.

—Yo opino de distinta forma. Necesito saber quién es usted y el trabajo que me quiere encargar. Entonces estaré en disposición de aceptarlo o rechazarlo.

Por el haz de luz verde llegó una risa.

—No le está permitido aceptar o rechazar, doctora Lancerot.

—Soy una ciudadana francesa, y, como tal, soy libre.

—Usted ya no es una ciudadana francesa. Pertenece sólo a la ciencia que yo personifico.

—¿Quién es usted para decir eso?

—El hombre que va a convertir la tierra en un edén.

—Explíqueme qué clase de edén será.

—Un mundo donde sólo tendrán cabida los hombres inteligentes.

—En la tierra hay muchos seres enfermos y otros que tienen hambre, y que a consecuencia de eso están desnutridos. ¿Qué pasaría con ellos?

—Serán eliminados.

—Comprendo, es usted racista.

—Lo soy en cuanto resultará beneficioso para el resto de los humanos.

—Todos los racistas se han expresado en la misma forma.

—Yo no soy lo mismo que los demás.

—¿Qué diferencia existe entre usted y los demás?

—Yo soy El Fantasma.

Marie rió de un modo sarcástico.

—Usted es una persona como yo, de carne y hueso. Pero ha decidido utilizar ciertos procedimientos para impresionar a las personas que han de colaborar con usted. Confíese qué es eso. Quiere meterles el miedo en el cuerpo. Apuesto a que el doctor Bodin está asustado.

—Doctora Lancerot, me está decepcionando mucho. Lo mío no es mera palabrería. Tengo medios para convencer a todas las personas, y entre ellas, desde luego, está incluida usted.

—Pero yo no soy la única especialista en injertos de córnea.

—Es la mejor.

—Me hace un gran honor al decirme eso, pero hay otros tan buenos como yo.

—Ya la elegí a usted.

—Sustitúyame.

—Es preferible para usted que no la sustituya, doctora Lancerot. ¿Piensa que la voy a dejar salir de aquí con vida si tuviese que renunciar a sus conocimientos...? Además, no tiene usted en cuenta una cosa muy importante. Fue lo que le dije antes su compañero François Bodin. Estamos creando una criatura excepcional... Quiero que la vea en el estado actual en que se encuentra. Estoy seguro de que, cuando la haya examinado, cambiará de opinión.

La joven fue a replicar, pero pensó que era un buen momento para saber qué clase de monstruo estaban fabricando allí.

—Está bien, lo veré.

—Doctor Bodin —dijo la extraña voz—. Acompañe a la doctora Lancerot al laboratorio número tres.

—Sí, señor.

El triángulo de luz verde desapareció.

François tomó del brazo a Marie.

—No has debido ofender al Fantasma.

—François, tienes que ayudarme.

—¿A qué?

—A combatir a ese hombre, El Fantasma, o como quiera que se llame.

—¿Te has vuelto loca?

—Tú eres el que te has vuelto loco si continúas metido en ese

asunto.

—Será mejor que veas a la criatura y entonces saldrás de dudas con respecto a ti misma.

—Está bien, llévame al laboratorio número tres.

François le hizo una señal y los dos se pusieron en movimiento.

Salieron del salón de recepción y caminaron por un pasillo.

—Antes de ir al laboratorio número tres quiero que veas algo.

—¿A qué te refieres?

—Al doctor Spinelli. Está trabajando en el laboratorio número seis.

Bodin apretó un botón y en la pared se produjo un hueco.

Marie Lancerot dio un grito al ver lo que había al fondo de la estancia.

Era una mano gigantesca. Sólo eso, una mano que se abría y se cerraba.

Por la parte inferior, por la muñeca, tenía conectados no menos de veinte tubos de plástico, por los que corría la sangre que era bombeada por medio de una turbina.

—¿Con qué fin se hace eso? —preguntó Marie con un temblor de voz.

—Pura experimentación —contestó Bodin.

—No entiendo. Siempre he pensado que nuestros experimentos científicos debían de conducir a un fin práctico, en bien de la humanidad. ¿De qué servirá esa mano monstruosa?

—Querida, debes aprender a obedecer... En esta casa no se admite la crítica.

La joven dio media vuelta y salió de la sala.

Bodin la siguió.

—Puedo enseñarte otras cosas, Marie...

—Sólo quiero ir al lugar donde supongo debo trabajar.

Subieron en un ascensor dos pisos más arriba.

Por fin, entraron en la sala más grande que Marie había visto hasta entonces.

Y nunca hasta ahora se sintió tan sobrecogida al ver la escena que se ofrecía a sus ojos. Se trataba de un gran cerebro que debía pesar más de una tonelada.

El cerebro estaba vivo.

En su parte inferior tenía hasta cinco pies humanos, pero sin que

mediase tronco alguno. El cerebro estaba sostenido por un tinglado de plástico. Lo mismo que con la mano, multitud de conductores llegaban hasta él para regarlo con sangre.

Cuatro hombres con bata maniobraban en unos tablones de mandos.

—Es espantoso —dijo Marie.

—Creo que no has elegido la palabra exacta... —sonrió Bodin.

—¿Cuál crees que es?

—Este cerebro es una maravilla porque piensa por todos nosotros... Quiero hacerte una demostración. Anda, ven conmigo.

Se acercaron a uno de los tablones, donde había un hombre.

Bodin dijo:

—Marie, te presento a Von Hatten, el famoso especialista alemán del cerebro...

—Siempre he sido una admiradora suya, señor Hatten —dijo Marie.

—Muchas gracias —repuso Von Hatten.

—Pero ahora ha perdido toda mi admiración.

—No le comprendo, señorita. ¿Quién es?

Bodin carraspeó.

—Es mi colega Marie Lancerot...

Von Hatten sacudió la cabeza.

—Sí, he oído hablar de usted, doctora Lancerot... Sus trabajos en problemas de la visión son realmente magníficos. Celebro que vaya a colaborar con nosotros.

—La señorita Lancerot todavía no está muy conforme con prestarnos su colaboración —dijo Bodin—. Por eso, yo quería hacerle una demostración de las facultades del cerebro.

—Con mucho gusto... Señorita Lancerot, puede hacer usted la pregunta más complicada, y no hace falta que lo diga en voz alta. Bastará que piense, mientras se coloca usted delante de esa pantalla.

—¿Quiere decir que mi pensamiento se transmite a ese cerebro?

—Exactamente.

Marie titubeó unos instantes. Miró al cerebro que se estremecía en aquella especie de latido repugnante.

Finalmente, la joven se colocó delante de la pantalla que Von Hatten había señalado. Mentalmente se hizo la siguiente pregunta:

«¿Estoy a favor o en contra de usted?». La pantalla se iluminó y Marie, con un estremecimiento, leyó las siguientes palabras:

«Está en contra».

«¿Por qué?», preguntó mentalmente Marie.

Una fracción de segundo después, leyó en la pantalla:

«Me considera un monstruo». «¿Y no lo es usted?».

La respuesta anterior desapareció y fue sustituida por otra. «El ser humano sólo piensa por el cerebro y yo soy todo cerebro. Pedí que me proporcionasen unas extremidades para poder trasladarme de un sitio a otro. Mi aspecto sigue siendo horrible para ciertas personas, por ejemplo para usted, que es una mujer. Pero eso no me preocupa de momento. Su índice intelectual es dos, doctora Lancerot».

«¿Cómo sabe mi nombre?».

«Estoy pendiente de usted desde que entró en la sala».

«Pero usted todavía no tiene ojos. No ha podido verme».

«La sentí, doctora Lancerot. Y he percibido todos los sonidos. Por ello llegó hasta mí la conversación que ustedes desarrollaron».

Las respuestas del cerebro se sucedían rápidamente en fracciones de segundo.

Marie se había convertido en un témpano de hielo. No la habían engañado. Aquella criatura era asombrosa.

No se dio cuenta de que estaba expresando sus pensamientos, pero enseguida apareció una respuesta en la pantalla.

«Gracias por concederme su atención, doctora Lancerot. Usted y yo nos entenderemos bien».

Marie pensó rápidamente: «Lo siento, pero no me voy a quedar aquí».

«Tiene que quedarse, doctora Lancerot», leyó en la pantalla, y a continuación aparecieron otras letras: «Usted me tiene que proporcionar la visión, mis ojos».

«Pero usted acaba de decir que me sintió, por tanto, no necesita los ojos».

«Se equivoca, los necesito para ser el ÚNICO. Con mi cerebro, mis piernas y mis ojos podré regir el mundo sin que nadie me ayude. Todos ustedes me obedecerán».

«Usted va a dominar al mundo, pero yo no estoy conforme con lo que me dijeron en la sala de recepción. La persona qué hablaba a

través del triángulo de la luz verde, me aseguró que en el mundo sólo podrán vivir los más aptos».

«Es cierto, doctora Lancerot».

«Pero no se puede matar a los enfermos, a los que recibieron la vida con alguna tara».

«Tienen que desaparecer, doctora. Es una carga que soporta la Humanidad. Además, ellos no son felices, desde un punto de vista objetivo».

Marie protestó: «La felicidad es absolutamente subjetiva. Una persona puede ser feliz con muy poco, y otra persona, en sus mismas circunstancias, se considerará desgraciada».

Los seres humanos somos diferentes, y por ello, la vida es maravillosa.

Las letras de la pantalla adquirieron un gran grosor.

«Dice trivialidades, doctora Lancerot. Lo siento mucho, pero será usted sometida a un tratamiento».

«¿A qué tratamiento se refiere?».

«A lo que yo llamo proceso de conformidad».

«Creo que le entiendo. Quiere anular mi voluntad». «El doctor Bodin ha demostrado que eso es muy fácil. A él le bastó con producir una hipnosis, pero esta vez no actuará el doctor Bodin. Quiero estar seguro de que su voluntad me pertenece para siempre».

En dos días empezará usted sus experimentos con mi visión. Instintivamente, Marie pensó: «No le daré los ojos».

La pantalla reflejó una luz tan fuerte que parecía una llamarada. Marie se tambaleó.

Ahora, en la pantalla leyó: «No podrá engañarme nunca. Recuerde que siempre, segundo a segundo, sabré lo que hay en su pensamiento. Si comete el menor fallo en su trabajo con mis ojos, yo lo subsanaré inmediatamente. Debe comprenderlo de una vez por todas, doctora Lancerot. Nada ni nadie es superior a mí. Soy el UNICO. Y ya terminé de dialogar con usted».

El doctor Bodin tomó a la joven por el brazo y la sacó de la pantalla.

—Vamos, te llevaré a tu habitación.

Antes de salir, la joven dirigió una última mirada al monstruoso ser que se estaba gestando en aquel lugar y sintióse llena de una profunda congoja.

CAPÍTULO XI

Paul Riviere tenía puesta la camisa de fuerza.

Ya se había cansado de forcejear.

Pero no se había cansado de maldecir.

La puerta se abrió y entró uno de los empleados con aspecto de gorila.

—Eh, amigo, quítame esto de encima.

—No puedo.

—Le daré cien francos.

—No hay nada que hacer.

—Le traspasaré una pelirroja con tantas curvas que será usted quien se meta aquí pidiendo a gritos la camisa de fuerza.

—Entonces, yo paso.

—Vamos, hombre, no sea un chico malo...

—Lo siento, señor Riviere, pero según el diagnóstico del doctor, usted está muy mal.

—Como una cabra, ¿eh?

—Peor. Como todo un rebaño.

Riviere hizo rechinar los dientes.

La puerta se abrió de nuevo y entró Bruno Nussac.

—Hola, Napoleón —dijo sonriente—. ¿Cómo está Josefina...?

Paul lo fulminó con la mirada.

—Bruno, sácame de aquí.

—No traje el abrelatas.

—No es una armadura lo que me pusieron, sino una camisa. Saca el cuchillo y, después de rebanarle la nuez a este tipo, vámonos de juerga.

El loquero sonrió a Bruno y dijo:

—Manía persecutoria. Ha sufrido unos cuantos ataques, pero yo

estoy acostumbrado.

Bruno acercó una silla a la cama y se sentó.

—El jefe me habló de ti, y de lo que dijiste. Te encontraste con un fantasma.

—Yo no he dicho eso...

—Entonces, ¿no hay un fantasma?

—Claro que lo hay, pero es el nombre del jefe de la banda de los secuestradores...

—¿Quién te pegó el tiro?

—El tipo de las gafas oscuras.

—Un gigante, ¿eh?

—¿Quién ha dicho que era un gigante...? Era un hombre como tú y como yo, sólo que llevaba gafas oscuras y tenía una verruga en la mano izquierda.

—Cálmate, hombre, cálmate.

—¡Y un cuerno me voy a calmar...! ¿Sabes lo que haré en cuanto salga de aquí?

—Irte a la Costa Azul con una rubia.

—No, esta vez te equivocas, Bruno. Primero presentaré la dimisión y luego me iré a la Costa Azul con mi rubia.

—A veces es curiosa la coincidencia de pensamientos. El comandante Ferniot también pensó en dimisionarte... Dice que ya no sirves...

—No volvería al servicio por todos los honores del mundo, ni aunque me lo pidiese el primer ministro. Bruno se puso en pie.

—Bueno, esperaba que me ayudases a resolver los secuestros de los hombres de ciencia, pero tendré que arreglármelas yo mismo.

—¿Es que te vas a ir?

—Claro que me voy, sólo vine a hacerte una visita para ver cómo te encontrabas —sonrió al enfermero—. Cuídelo, muchacho.

—No se preocupe. Es mi trabajo.

Bruno se miró el puño derecho y de pronto lo soltó contra el enfermero.

Se oyó un chasquido y el loquero se fue contra la pared. Puso los ojos en blanco y se deslizó hasta el suelo.

Paul soltó una carcajada.

Bruno se sentó al borde de la cama.

—¿Sabes que me estoy jugando el cargo, Paul?

—Quítame esta camisa de fuerza.

—Primero quiero asegurarme de que no estás loco.

—Claro que no lo estoy.

—¿Cuál es el estado perfecto del hombre?

—Soltero.

—¿Cuáles son las mejores mujeres...? ¿Morenas, rubias o pelirrojas?

—Siempre es mejor la última que elegimos.

—Aprobado —dijo Bruno y, a continuación, quitó a su amigo la camisa de fuerza. Paul se vistió rápidamente. El loquero ya estaba volviendo en sí y Bruno tuvo que sacudirle de nuevo para reenviarlo a la región de los sueños. Luego, sin perder un segundo, los dos agentes salieron del hospital.

* * *

—Estoy consternado —dijo el doctor François Bodin—. Marie Lancerot no sólo es mi compañera, sino la mujer que tengo esperanzas de convertir en mi esposa.

Sonrió débilmente a los dos agentes que lo visitaban, Paul Riviere y Bruno Nussac.

—Estoy enamorado de ella... ¿Creen que la encontrarán?

—Esté tranquilo, doctor Bodin —contestó Paul—. Lo vamos a intentar todo.

El doctor Bodin tenía los ojos fijos en los de Bruno Nussac.

Lo estaba hipnotizando.

Mentalmente le envía un mensaje que decía así:

«Cuando salgas de aquí y te hayas alejado con tu amigo Paul Riviere dos kilómetros de esta casa, sacarás la pistola y lo matarás. Luego apretarás el acelerador porque tendrás necesidad de escapar. Correrás sin mirar la aguja del velocímetro, hundiendo el pie en el acelerador... Tienes que obedecer porque yo soy tu dueño...». —De acuerdo— dijo Bruno.

Paul intervino:

—¿En qué estás de acuerdo, Bruno?

—¿En lo que tú decías de que íbamos a encontrar a la chica?

—Ah, bueno...

—¿Quieres tomar un trago? —dijo el doctor Bodin.

—No bebemos en acto de servicio —contestó Paul.

—Díganme si los puedo ayudar en cualquier otra cosa.

—No, me temo que usted ya no puede hacer nada. Pero, de todos modos, le agradecemos su colaboración.

—Ya saben que me tienen a su disposición, de día y de noche. Mi deseo es que encuentren cuanto antes a Marie.

Los dos amigos salieron de la casa.

Habían hablado durante quince minutos con Bodin acerca de los experimentos de la doctora Marie Lancerot, pero sólo recibieron una ampliación de lo que ya sabían.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Bruno.

—No lo sé. Nunca nos metimos en un maldito caso como éste en que no tenemos una sola pista... Sólo hay una esperanza.

—¿Cuál?

—La de que encontremos al hombre de las gafas oscuras, el tipo que me sirvió la bala.

Entraron en el coche y Bruno se puso ante el volante.

El vehículo se deslizó por la calle.

Paul sacó el paquete de cigarrillos.

—¿Quieres fumar?

—No —dijo Bruno muy serio.

Paul encendió el cigarrillo y arrojó una bocanada de humo.

De pronto, Bruno llevó el coche hacia el bordillo de la acera.

—¿Qué pasa...? ¿Por qué te detienes? —inquirió Paul. Bruno no contestó.

El auto paró y Bruno se llevó la mano hacia la axila.

Paul se le echó encima y lo atrapó por la muñeca.

—¿Qué vas a hacer, Bruno?

—Sacar la pistola.

—¿Para qué?

—Acabo de ver al tipo de las gafas oscuras.

Paul miró las aceras.

—No lo veo por ninguna parte.

—Te digo que está ahí.

—Anda, dime que se ha metido en una cloaca y por eso no lo veo, o que es la viejecita que está en la esquina.

Paul estaba mirando a los ojos de Bruno.

—¿Qué te pasa, Bruno?

—A mí, nada.

—Sólo vi una vez una mirada tan fija como la tuya en una estatua que tenía mil años.

—¿Quieres soltarme de tu maldita mano...?

—No tienes necesidad de sacar la pistola.

—Maldita sea, tú no me das a mí órdenes.

Paul soltó un puñetazo en la mandíbula de Bruno. Éste se fue hacia atrás y se desmayó.

Paul se agachó sobre él, le quitó la pistola y la guardó en el bolsillo.

Pasados unos minutos, Bruno se fue recuperando.

—Eh, ¿qué pasó, Paul...?

—Trataste de matarme.

—¿Qué?

—Ya lo oíste, me ibas a pegar un tiro.

—Ahora es cuando te llevo al hospital para devolverte a la celda de los locos.

—Lo creas o no, intentaste matarme.

—¿Quieres decir que el loco soy yo?

—No, ninguno de los dos estamos locos.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—Que te hipnotizaron.

—¿Que me hipnotizaron?

—Sí, hombre, ese tipo, el doctor Bodin. Y ya tenemos una pista.

—No te entiendo una palabra.

—Bodin está al corriente de que yo traté de evitar el secuestro de la doctora Lancerot.

—Pero tú dijiste que ella se fue por su propia voluntad.

—Sí, Marie hizo todo lo posible por dejarme en la estacada, pero ya sé por qué lo hizo. Ella también estaba hipnotizada.

—No...

—Recuerda que el doctor Bodin cenó con ella y que luego fueron al apartamento de Marie Lancerot.

—Todo eso me parece una historia de ciencia ficción.

—Y es una historia de ciencia ficción. ¿O es que todavía no te diste cuenta con qué clase de personas nos relacionamos...? Todos son doctores, especialistas en su materia, en la regeneración de células, en el trasplante de tejidos y, por lo visto también hay un

especialista en hipnosis. Le haremos otra visita al doctor Bodin.

—Pero si él no me dijo nada...

—Te transmitió su pensamiento.

—¿Y por qué no te eligió a ti?

—Porque yo fui quien vio al hombre de las gafas oscuras, y, posiblemente, el doctor Bodin me ha considerado el más peligroso. Además, luego se hubiese desembarazado de ti. Estoy seguro.

—¿De qué forma?

—Pregúntaselo a él.

Poco después, los dos agentes estaban otra vez ante la puerta del domicilio del doctor Bodin.

Paul oprimió el timbre.

Bodin les abrió y enarcó las cejas al verlos.

—¿Se les olvidó algo?

—Sí —contestó Paul y de pronto le soltó un izquierdazo.

El doctor Bodin voló por el aire, haciendo una magnífica cabriola. Se estrelló contra un diván, dio una vuelta de campana y cayó de bruces sobre una piel de oso.

Sacudió la cabeza y escupió un cuajo de sangre.

—Maldita sea, señor Riviere, ¿por qué ha hecho esto?

Paul lo atrapó por el cuello de la camisa y lo levantó de un tirón.

—Le voy a decir algo, doctor Bodin. Nosotros estamos preparados para cualquier cosa, incluso para enfrentarnos con hipnotizadores de barracón de feria.

—No sé de qué me habla.

—Qué pena —dijo Paul y le soltó un derechazo.

El doctor Bodin giró como una peonza y fue cruzando la habitación, desparramando objetos que encontraba a su paso, sillas, una mesa ratona, un jarrón de flores...

Al fin terminó su carrera, al estrellarse contra la pared.

Cayó en el suelo y quedó inmóvil porque había perdido el conocimiento.

—Anda, hagamos un buen registro, Bruno —dijo Paul.

Los agentes se pusieron a buscar por todas partes. Bodin recuperó el sentido, pero siguió inmóvil, simulando.

Tenía un emisor receptor en el bolsillo superior de la chaqueta que lo ponía en contacto directo con el Gran Cerebro y ahora se dispuso a enviarle su mensaje de socorro.

CAPÍTULO XII

Bodin transmitió mentalmente:

«Dos agentes enemigos están en mi casa. He sido sorprendido».

Tenía el dedo puesto en un botón del pequeño receptor y, a través de él, llegó a su pensamiento la respuesta del Gran Cerebro: «Esté preparado para dentro de diez minutos». «¿Qué va a hacer?», preguntó Bodin.

«Enviaré un sonido que hará estallar la cabeza de los dos agentes». «¿Cómo me defiende contra eso...?», preguntó el doctor Bodin.

«Tiene usted una caja de emergencia de la que fue dotado en su día. Colóquese en los oídos los dos pequeños tapones que encontrará en el compartimento número tres». «Sí, señor».

«Eso es todo».

Bodin interrumpió el mensaje.

Lo hizo justo a tiempo porque vio salir a los dos agentes de las habitaciones interiores.

Paul, traía en la mano unos papeles.

—¿Qué es esto, doctor Bodin?

El doctor sacudió la cabeza como si se estuviese recuperando todavía de la paliza recibida.

—Un nuevo refrigerador.

—Sí, para mantener el pescado fresco. ¿Es que quiere que le deshaga la cara?

—No me pegue más.

—Entonces, empiece a cantar. Sabemos perfectamente que está usted en contacto con la pandilla que secuestró a sus colegas.

—Está bien, hablaré. Pero han de hacerme la promesa de que me dejarán libre. —No le podemos prometer nada a ese respecto,

pero le garantizo que seremos benévolos.

Bodin concedió con un gesto afirmativo.

El Gran Cerebro había dicho que en diez minutos enviaría aquel sonido que destrozaría la cabeza de los dos agentes. Para entonces debía tener ya puestos los dos tapones de emergencia.

Guardaba la caja en su dormitorio.

Bodin dijo:

—Estoy deshecho. Permítanme ir al baño. Necesito lavarme la cara...

—De acuerdo, pero aprisa. No podemos perder mucho tiempo.

Arrastrando los pies, Bodin fue al dormitorio.

Los dos agentes fueron tras de él.

Bodin pasó al cuarto de baño y se lavó la cara.

Luego, cuando volvió a entrar en el dormitorio dijo:

La doctora Lancerot y los otros colegas han caído en manos de unos miserables que quieren aprovecharse de sus conocimientos científicos especializados.

—Aprovecharse, ¿para qué...?

Bodin se humedeció los labios con la lengua.

Pensó que podía informarles de una parte de la verdad, puesto que aquellos dos hombres iban a morir y se llevarían el secreto a la tumba.

—Están creando un gran ser.

—¿Un gran ser...? ¿Qué es eso?

—El cerebro más grande que ha existido en la historia de la humanidad. Pesa mil kilos...

Bruno se quedó con la boca abierta.

—Eh, Paul —dijo—. Resulta que el doctor Bodin debía ocupar tu puesto con los loqueros.

—Déjalo hablar...

—¿Es que lo crees?

—No tengo más remedio que creerlo. Continúe, doctor Bodin. ¿Quiénes están creando ese cerebro...?

Bodin consultó su reloj. Faltaban tan sólo tres minutos para que llegase aquel sonido enviado por el Gran Cerebro.

—Les mostraré las pruebas —dijo.

—¿Dónde las tiene?

—En una caja.

Se dirigió hacia un armario y de él extrajo una caja, que depositó sobre una mesa.

Abrió la caja. Dentro había una serie de extraños instrumentos que a Paul y a Bruno no dijeron nada.

—¿Para qué sirve todo eso? —preguntó Bruno.

Un minuto. Sólo faltaba un minuto para que se produjese el asesinato en aquella casa.

—Van a escuchar una emisión —anunció el doctor Bodin.

—¿Qué clase de emisión...? —inquirió Paul Riviere.

—Las órdenes son transmitidas a través de estas dos pequeñas esferas. Me pondré en comunicación con el centro receptor-emisor, donde se encuentra el Gran Cerebro.

El doctor Bodin sacó una de las esferas y se la puso en la oreja derecha.

Iba a hacer lo mismo con la izquierda, cuando Paul le atrapó la mano.

—¿Qué hace, señor Riviere?

—Quiero esa bolita.

—¿Para qué?

—Para examinarla.

—Pero si no tiene importancia.

—Por eso mismo, porque no tiene importancia quiero verla.

Bodin calculó que contaba con treinta segundos. Podía entregarle la pequeña esfera a Riviere.

Se la entregó.

Éste, después de observarla, preguntó:

—¿De qué material está hecho la esfera?

—De una variedad del plástico, aunque yo no lo puedo decir mucho porque no soy un especialista en la materia.

—Esta esfera es sólida, no tiene ningún hueco. ¿Cómo diablos se puede escuchar una emisión?

—Se trata de un nuevo invento —contestó Bodin.

—Deme la otra bola.

—¿Para qué?

—Me la voy a poner yo.

—Pero usted no puede establecer contacto con ellos. —Eso es muy raro.

—Quiero decir que notarán el momento que usted no es uno de

ellos y no mandarán ningún mensaje.

De pronto se oyó un ligero zumbido.

El doctor Bodin sintió un ligero estremecimiento. Ya llegaba el sonido al que se había referido el Gran Cerebro, el sonido que hacía reventar las cabezas.

* * *

—¡Deme eso! —gritó Bodin—. ¡Démelo...!

—¿Qué le pasa, doctor Bodin? —preguntó Riviere.

Los ojos del doctor se estaban agrandando.

El sonido era cada vez más fuerte.

—Eh, ¿qué es eso? —dijo Bruno.

Paul prestó atención. Luego, frunció el ceño mirando a Bodin.

—Quizá el doctor Bodin nos lo pueda explicar, ¿verdad, doctor?

—No puedo, quiero decir que no lo sé...

—Claro que lo sabe. Ande, díganos lo que es ese zumbido que se oye y que se acerca cada vez más.

—Caramba —dijo Bruno pasándose el dedo por el cuello de la camisa—. Parece un platillo volante.

—Sí, a lo mejor es un platillo que le envían como auxilio al doctor.

Bodin escuchaba cada vez más asustado. En su frente se habían formado pequeñas gotas de sudor.

—Deme esa bola... No tiene derecho a quitármela... ¡Es mía, me pertenece!

Trató de quitársela a Paul, pero éste levantó la mano con que sujetaba la pequeña esfera.

—Explique de una vez lo que va a pasar, y qué significa ese zumbido.

—La muerte... ¿Me oye bien...? ¡Eso es lo que significa! ¡La muerte...! ¡Esas dos esferas me pertenecen...! ¡Me pertenecen...!

—Está desvariando, no sabe lo que dice —dijo Paul porque se dio cuenta de que Bodin estaba maduro.

El doctor respiraba entre jadeos.

—¡Les digo que es un sonido mortal! ¡Me lo anunciaron!

—¿Quién?

—El Gran Cerebro.

—¿Quién es el Gran Cerebro?

—Sólo eso, un cerebro... Pero tiene también piernas... Le faltan sólo los ojos. La doctora Lancerot se los pondrá... Va a ser el amo de la Humanidad... ¡Dios mío, esos tapones...! ¡No quiero morir, no quiero...! ¡Yo también trabajé para ellos...!

—¿Quién es el jefe?

—El Fantasma.

—¿Cuál es su nombre?

—No lo sé, yo no lo conozco...

El zumbido era cada vez más fuerte, casi ensordecedor.

Bruno se tapó las orejas con las manos.

—Eh, Paul, este tipo no nos engañó... Vamos a reventar.

—¡A la ventana, Bruno...! ¡Rápido!

Dando ejemplo, Paul echó a correr hacia la ventana y se lanzó al aire.

Bruno fue tras él.

Los cristales saltaron y Paul rodó por el jardín.

Detrás de él voló Bruno Nussac.

Mientras iban por el aire, oyeron el grito de Bodin.

—¡Espere...! ¡Todavía no tengo puestos los tapones...!

De repente se oyó un crujido, como de algo que reventaba.

Los dos amigos terminaron de rodar por el suelo.

Estaban incólumes.

—Eh, Paul, el zumbido ya cesó —dijo Bruno.

Los dos se pusieron en pie y se acercaron a la ventana por la que habían escapado de la casa.

El doctor Bodin estaba tendido en el suelo, boca arriba.

—Bueno —dijo Bruno, dando un suspiro—. A este tipo ya no le podemos sacar nada.

—Larguémonos, el comandante Ferniot tiene que escuchar nuestro informe.

* * *

El comandante Ferniot parecía una estatua.

Acababa de oír el informe de los dos agentes.

Por fin, salió de su inmovilidad.

Lanzó una carcajada histérica.

—Conque usted estaba bien, ¿eh, señor Riviere...? Sólo le pusimos la camisa de fuerza por equivocación.

—Así es, comandante.

Ferniot señaló a Bruno Nussac.

—Le felicito, señor Nussac. Hizo muy bien en librar a Riviere de la camisa de fuerza.

—Gracias, comandante —repuso Bruno muy complacido.

Y en aquel momento sobrevino la tormenta.

Ferniot pegó un terrible puñetazo en la mesa. Cuatro teléfonos volaron por el aire.

—Maldita sea, es la historia más estúpida que he oído en mi vida... ¿Saben lo que les digo? Siempre los he tenido por los mejores agentes del Departamento. No me duele confesarlo. Ustedes han prestado servicios de los que me siento muy orgulloso. Pero ahora han perdido los dos la cabeza, y yo sé por qué... Las mujeres, y el alcohol... Han abusado demasiado de esos dos vicios. ¡Ya sabía que acabarían así! He consultado su caso con nuestro siquiatra y me ha dicho que ustedes han empezado a sufrir una desintegración cerebral. Eso es la razón por la que ustedes ven cosas tan extrañas como las que me acaban de explicar. Estados hipnóticos, sonidos capaces de reventar la cabeza de un hombre, grandes cerebros que emiten mensajes para destruir a la Humanidad...

Paul sacudió la cabeza y dijo a Bruno por la comisura de la boca:

—Ya te advertí que no lo creería.

—Oiga, jefe —dijo Bruno—, no estamos tan enfermos como usted cree. Recuerde que nos salvamos del sonido arrojándonos por la ventana y eso significa que estamos bien de facultades. Pero si no nos cree, sólo tiene que enviar a la casa del doctor Bodin a un par de hombres.

El comandante Ferniot salió de la habitación.

Los dos amigos quedaron a solas.

—Ahora todo quedará aclarado —dijo Bruno.

—Ojalá aciertes.

Encendieron sendos cigarrillos.

Poco después, reapareció el comandante Ferniot. Traía una sonrisa en los labios.

Paul se esponjó de optimismo.

—¿Se ha convencido ya, comandante...? ¿Ve como no lo engañamos...?

El comandante Ferniot se quedó muy serio.

—Dos de nuestros hombres han ido a casa del doctor Bodin. Pero él no estaba allí.

—Eso quiere decir que se llevaron su cadáver —dijo Paul.

—No había ninguna ventana destrozada... Y díganme también que pusieron una ventana nueva.

Paul y Bruno se quedaron sin habla.

El comandante Ferniot dio una vuelta a la mesa y volvió a ocupar su sillón.

—Caballeros, los dos necesitan un descanso.

—En una clínica de reposo mental, ¿verdad, comandante...? —sugirió Paul.

—¿Prefiere que lo llamemos un sanatorio?

—Comandante, todo cuanto le hemos contado es cierto. Yo no he visto el cerebro a que se refiere el doctor Bodin, pero estoy seguro de su existencia. Quiero recordarle algo.

—¿Qué cosa?

—Hace unos meses tuvimos oportunidad de escuchar una conferencia de nuestro más eminente sabio, el doctor Rostand. El nos habló del mundo del futuro. Todos coincidimos en que lo que nos dijo era verdaderamente terrorífico. Hoy día ya se pueden crear monstruos, los más espantosos que cualquier mente pueda soñar... Con ello quiero decir que, potencialmente, se pueden fabricar toda una serie de bichos por llamarlos de alguna forma. Considere por un momento que una mente perturbada ha pretendido reunir a cierto número de hombres de ciencia especializados en la creación de esa clase de seres. El es el único loco, pero debemos acabar con él porque, indudablemente, si le concedemos un poco de tiempo, podrá llevar a cabo un fantástico plan... Tal como yo veo las cosas, se trata del reinado del terror, conseguido a través de unas criaturas que nunca han debido nacer... Hay que destruir ese cerebro, al hombre que lo ha hecho posible y a los colaboradores que intervienen en su plan.

Hubo un silencio en la estancia.

El comandante Ferniot se estaba pellizcando una oreja. Al fin dijo:

—Voy a admitir por un momento, sólo por un momento, que ustedes tienen razón... ¿Contra quién tenemos que luchar...? ¿Dónde está nuestro enemigo...? Ande, díganmelo, ustedes que lo saben todo...

—Está claro que tienen instalado un laboratorio en alguna parte.

—Brillante idea... ¿Y dónde está ese laboratorio...?

—Lo ignoro.

—Ya lo suponía.

En aquel momento sonó uno de los teléfonos.

Ferniot descolgó y tras escuchar, dijo:

—Continúe siguiéndole, Yves.

Tras colgar el receptor, dijo:

—Yves Mounier ha dado con el hombre de las gafas oscuras.

CAPÍTULO XIII

El hombre de las gafas oscuras subió por una escalera.

Al llegar a un corredor, se detuvo ante una puerta y llamó.

Le abrió una rubia de cuerpo llamativo que se cubría con un batín.

—Hola, Juliette.

—¿Qué haces aquí, Maurice...? Me dijiste que no vendrías hasta mañana.

—Tuve un rato libre —dijo Maurice mientras se introducía en el apartamento.

Cuando ella hubo cerrado, Maurice la atrapó por la cintura y la besó en la boca.

—Nena, te eché mucho de menos.

—Yo a ti también.

Maurice la volvió a besar.

La puerta se abrió de golpe y Paul Riviere entró en la estancia.

Maurice lo vio por el rabillo del ojo y empujó a Juliette mientras se llevaba la otra mano hacia la axila.

Pero Paul no lo dejó sacar la pistola.

Lo atrapó por la muñeca y lo volteó.

Maurice cruzó la estancia y se golpeó la espalda contra la pared.

Sin embargo, no perdió el conocimiento.

Juliette lanzó un grito y echó a correr, pero en ese momento apareció en la puerta Bruno Nussac y la detuvo.

—No es nada, muchacha... Sólo se trata de mi amigo que quiere divertirse un rato.

Paul se estaba divirtiendo de veras.

Cuando Maurice pretendía lanzarse sobre él le pegó un puñetazo en el estómago.

La cara de Maurice se puso verde.

Abrió la boca para tragar aire, pero en ese momento Paul se la cerró con un terrible izquierdazo.

Maurice ya tenía bastante y cayó despatarrado en el suelo.

—¿Por qué le hacen eso a Maurice? —preguntó Juliette.

—Porque fue un niño malo —contestó Paul haciendo chascar la lengua.

Fue al cuarto de baño y regresó con una toalla mojada.

Golpeó con ella la cara de Maurice y éste volvió en sí escupiendo maldiciones.

Paul lo azotó otra vez con la toalla, ahora en la boca.

—Necesitas una limpieza de lengua para que hables mejor, Maurice.

—Pero ¿qué diablos quiere?

Paul señaló el esparadrapo que llevaba a la frente.

—¿Te acuerdas de esto?

—No sé nada.

—Oh, claro, yo soñé que tú me amenazabas con una pistola y también soñé que me enviabas la bala.

—Se confunde con otra persona.

Paul lo atrapó por el cabello y le golpeó la nuca contra la pared.

Maurice soltó otra retahíla de imprecaciones.

—Maurice, tú vas a ser un buen chico si colaboras con nosotros.

—Si es policía y tiene algo contra mí, lléveme a la cárcel.

—Ni hablar de eso, pajarín... Tengo una maravillosa virtud, Maurice, y es que acostumbro a combatir con las mismas armas que me combaten. Con ello quiero decirte que si no cantas, empezaré a dejarte sin dientes, pero luego te haré alguna cosilla más.

—No se atreverá.

Maurice escupió un incisivo.

—¿Qué tal sirvo como sacamuelas? —dijo Paul—. ¿Alguna otra caricia?

—¿Qué quieres saber, puerco?

Paul le soltó dos bofetadas.

—Tú te llevaste a la doctora Marie Lancerot. ¿Sí o no?

—Sí.

—Vaya, empezamos a entendernos. ¿Adónde llevaste a la doctora?

—No lo sé.

—Malo —dijo Paul y le soltó otra bofetada.

Maurice, después de resoplar dijo:

—Yo no la llevé directamente a su destino, y eso se lo puedo jurar.

—¿Adónde la llevaste...?

—A un bosquecillo, en Clichy.

—¿Qué pasó allí?

—Estaba esperando otro coche.

—¿Quiénes había en ese coche?

—Dos hombres, pero sólo vi la cara de uno de ellos. Está por los cuarenta y cinco años y tiene la piel muy arrugada. Ellos se hicieron cargo de la doctora Lancerot. Yo monté en mi auto y regresé a París. —¿Quién te da a ti las órdenes?—. Él Fantasma.

—No me digas.

—Lo crea o no, él se hace llamar así cuando habla conmigo por teléfono.

—¿Cuándo empezaste a trabajar para ellos?

—Hace unos tres meses.

—Muy bien, Maurice, vas a venir con nosotros.

—¿Adónde?

—Al lugar donde dejaste a la doctora.

—Pero ya les he dicho que ella no está allí. Se largó a otra parte.

—Eso es lo que vamos a comprobar.

Paul obligó a levantarse a Maurice y lo registró, quitándole la pistola y una cachiporra de perdigones.

Juliette dijo con voz enérgica:

—No vuelvas por aquí, Maurice. No me gustan los líos con la policía.

Poco después, los dos agentes y Maurice viajaban en un auto. Maurice les indicó el camino.

Llegaron al bosquecillo a que Maurice se refería.

Era un lugar completamente solitario.

A lo lejos, sobre una pequeña colina, se veía una carretera que indudablemente derivaba de la que habían corrido desde París.

—Maurice, no me gustaría que nos hubieses engañado —dijo Riviere.

—Les juro que les he dicho la verdad. ¿Por qué iba a

engañarles?

—Salta a tierra.

—¿Para qué?

—Queremos echar un vistazo por los alrededores y no podemos dejarte aquí.

Los tres hombres bajaron del vehículo.

De pronto, sonó una ráfaga de metralleta.

Los dos agentes ya estaban rodando por el suelo, pero Maurice falló por una fracción de segundo.

Cuando iba por el aire, lo partieron por la mitad.

* * *

—Eh, Paul —exclamó Bruno—. ¿De dónde vino eso?

—De la derecha —contestó Riviere.

Estaban mirando hacia allí, pero no veían a nadie.

Los dos amigos tenían la pistola en la mano.

—Demonios —exclamó Bruno—, sólo faltaba que nos tuviésemos que enfrentar con el hombre invisible.

—Es posible.

—Podían haber avisado para que hubiésemos hecho testamento. No hay derecho a que traten así a dos tipos tan simpáticos como nosotros.

Sonaron otras ráfagas y las balas sacaron polvo de la tierra situada entre los dos agentes.

—¿Quieres callarte de una vez, Bruno? Con tu verborrea les estás dando una pista...

Permanecieron callados durante un rato.

—Eh, Bruno —dijo Paul en voz baja—. Quédate aquí. Voy a dar una vuelta.

—Yo me voy contigo.

—He dicho que tú te quedas —dijo Paul y, levantándose, echó a correr.

No le dispararon en el camino, aunque él tomó precauciones buscando el refugio de los corpulentos árboles que encontraba a su paso.

Vio un sendero y siguió por él.

El terreno se declinaba allí en una sueva pendiente.

Al doblar una curva del camino, y cuando ya había avanzado unos quinientos metros desde el lugar en que se había separado de Bruno, se encontró con una alambrada que defendía una casa.

No se veía a ninguna persona.

Paul oyó un gruñido a su espalda.

Se revolvió, pero no llegó a disparar al ver que era un perro.

—Hola, muchacho —lo saludó afectuosamente.

Sin embargo, el perro, que era un pastor alemán, le enseñó fieramente los colmillos.

De pronto, saltó sobre Paul.

El agente se dejó caer al suelo.

El perro pasó por encima de él y se golpeó contra la alambrada.

Se produjo un foganazo y el perro soltó un corto aullido, cayó al suelo y quedó tieso, como si fuese de madera.

Paul supo que la alambrada había sido electrificada cuando él se acercaba. Por fin había encontrado el lugar donde residía la banda, aquel laboratorio en que el Gran Cerebro tenía su refugio.

Su plan estaba claro. Regresaría junto a Bruno para enviarlo a París por refuerzos y él, mientras tanto, se quedaría allí.

Iba a volverse cuando oyó una voz:

—Párese, señor Riviere.

La voz le había venido por entre los árboles, a la izquierda.

Ahora vio al hombre de la metralleta.

Era alto, de pelo rojizo, y también él defendía sus ojos con gafas oscuras.

—Hola, amigo —dijo Riviere—, si entré en terreno particular, no hace falta que se ponga así, ya me voy —echó a andar.

El hombre del cabello rojizo advirtió:

—Un paso más y lo lleno de plomo.

Paul se detuvo.

—Pero ¿qué es lo que quiere?

—Va a venir conmigo.

—¿Adónde?

—Al lugar que tanto le interesaba.

—Oh, sí, estaba buscando a una pelirroja para comerme con ella una tortilla de patatas. De modo que, iré con usted si me pone la pelirroja y la tortilla.

El de la metralleta torció la boca, signo inequívoco de que el

chiste de Paul no era de su gusto.

—Será mejor que obedezca, señor Riviere.

—¿Me conoce?

—Usted es muy conocido en ciertos sectores...

—Eso dicen las chicas del Folies Bergere. ¿Trabaja usted con ellas?

—Esa ingeniosidad le va a costar un par de dientes... Y ahora, basta de palabrerías, señor Riviere. En lo que a mí respecta, puedo acabar con usted ahora mismo.

—Está bien. Dígame por dónde hemos de ir, pero no me señale el camino de la alambrada. De eso ni hablar.

—Camine quince pasos a la izquierda.

Paul se puso otra vez en marcha, obedeciendo la orden. Mientras contaba los pasos, acariciaba una esperanza, la de que Bruno Nussac tuviese el buen sentido de volverse a París en busca de amigos.

Al llegar se detuvo.

—¿Qué hago ahora? —preguntó volviéndose hacia el pelirrojo.

—No se preocupe, la puerta se abrirá.

Paul vio efectivamente una puerta de reja en medio de la alambrada.

Transcurrieron treinta segundos y la puerta se abrió sola.

—Vaya, lo tienen bien combinado —dijo Paul—. Les felicito.

—Siga andando hacia la casa y será mejor que no se vuelva. Verá muy pronto cosas que le compensarán el mal rato que haya pasado hasta ahora.

—Entonces, no me lo pierdo.

Los dos fueron hacia la casa.

Paul conservaba la pistola en el bolsillo de la chaqueta.

Estaba presto para servirse de ella en cuanto el pelirrojo tuviese el menor descuido.

Ahora que había traspuesto la reja electrificada podía llegar el buen momento para él, ¿o es que en aquel caso no iba a haber ningún buen momento?

Subieron al porche.

La puerta de la casa se abrió de nuevo, sin que hubiese necesidad de que nadie llamase.

—Pase al interior —ordenó el pelirrojo.

Paul obedeció y se preparó para saltar.

Cuando fuese por el aire tendría que apoderarse de la pistola, y hacer todo lo posible por decapitar al pelirrojo con una bala.

El vestíbulo estaba a oscuras, y del rincón llegó un triángulo verde y una voz dijo:

—Abandone su idea de escapar, señor Riviere. No podrá apoderarse de su pistola.

Paul se quedó inmóvil, sorprendido porque aquel triángulo de luz hubiese captado su pensamiento.

—Eh, compañero, ¿es usted adivino?

—Soy algo más que eso... Soy El Fantasma.

—¿De modo que existe?

—Ahora lo está usted comprobando.

—Bueno, entonces, sólo falta que se filtre por las paredes para que yo lo vea de cuerpo entero...

CAPÍTULO XIV

—Va a ver cosas mejores, señor Riviere —dijo la voz que llegaba desde el triángulo con la luz verde.

—¿Se puede elegir? Es que si me lo permite preferiría a Claudia Cardinale. Y no crea que es por falta de patriotismo, sino porque la chica me resulta simpática por su nariz. —Señor Riviere, su informalidad me produce una gran lástima.

—¿Sí?

—Es usted un payaso.

—Puedo contarle unos cuantos chistes. Le advierto que mi repertorio es muy amplio. Una vez, una viuda y yo estuvimos toda la noche...

—Marcus —dijo la voz—. Si ese hombre vuelve a inventar una gracia, pártelo por la mitad.

—Así se hará —contestó el pelirrojo a espaldas de Riviere.

Con aquel diálogo, Paul sólo perseguía una intención, distraer a aquella gente para conceder un poco de ventaja a Bruno Nussac.

—Marcus —habló de nuevo la voz—. Llévalo a la celda número siete.

—Sí, señor.

—Pero antes será registrado.

Se abrió una puerta y aparecieron dos hombres.

Paul se abalanzó sobre el más cercano para utilizarlo como escudo. Al mismo tiempo, ya estaba atrapando la pistola.

Pero uno de aquellos fulanos dejó ver en la mano un trozo de acero que hizo chocar contra la mandíbula de Paul.

El agente creyó que se moría. A su cerebro llegaron ondas de dolor.

Le pegaron una patada en la mano y sintió cómo la pistola huía

de sus dedos. Luego, lo volvieron a alcanzar en la cabeza.

Tuvo la sensación de que se sumergía en un pozo de agua fría.

No supo cuánto tiempo había transcurrido.

Al fin se despertó y vio ante sus ojos una nube espesa.

La cabeza le dolía como si se la estuviesen barrenando.

Dejó pasar otro siglo y al fin abrió los ojos y pudo enfocar las imágenes a su alrededor.

Estaba en una habitación desnuda y a él también lo habían dejado casi desnudo porque solamente llevaba puestos los *slips*.

Soltó una maldición porque aquella estancia debía estar a una temperatura de cero grados.

De un lado venía luz.

Miró a su espalda y vio un ventanuco defendido por gruesos barrotes.

Se levantó y, a duras penas, fue recorriendo la estancia, junto a las paredes.

Al terminar se quedó más sorprendido que nunca porque no había encontrado ninguna puerta y por el ventanuco no podían haberlo pasado.

Qué estúpido había sido. Tenía que existir una puerta secreta. ¿No había caído en manos de un grupo de científicos...? ¿O también lo habrían convertido en un fantasma y se filtraba por las paredes...?

Si al menos le hubiesen dejado cigarrillos. Pero, no, aquellos miserables se lo habían llevado todo, incluso sus zapatos.

De repente oyó un ruido.

Una parte de la pared se deslizó quedando allí un hueco y entonces vio a su amigo Bruno Nussac sostenido por dos hombres.

Bruno cayó sin fuerzas, como una pelota.

También él llevaba *slips*.

Se oyeron risas de los hombres que habían llevado hasta allí a Bruno y luego la puerta se cerró.

Paul se dejó caer junto a Bruno y lo volvió boca arriba.

Su amigo tenía un ojo hinchado y el labio inferior partido.

Paul le palmeó en la cara y Bruno recuperó el sentido.

—Pedazo de idiota, ¿cómo te dejaste atrapar...?

—Cuando vi que no venías, te seguí.

—Qué gran talento tienes. Cualquier día te van a nombrar

ministro de Policía.

—¿Dónde estamos, Paul?

—En la casa del misterio.

—Demonios, al menos vamos a saber en qué consiste todo.

—Un gran consuelo, ¿eh? Lo sabremos y luego nos matarán.

—Nos hemos visto en otras peores, ¿no te acuerdas, Paul?

—Eso se dice siempre, pero ésta es la que se lleva el premio.

Aquí estamos los dos en paños menores y sin ninguna posibilidad de escape. Además, las otras veces nos tuvimos que enfrentar con agentes de pistola y éstos son científicos.

—Eres único para dar ánimos.

—Será mejor que durmamos un poco.

—Sí, creo que tienes razón.

Los dos se tendieron en el suelo pero, al cabo de un rato, Bruno dijo:

—Eh, chico, el colchón que me tocó no tiene plumas. Este suelo es más duro que la piedra...

—Se me ocurre una idea para que nos den un camastro. Hagamos la huelga del hambre.

Bruno soltó una risita.

—Menos mal que no perdemos el humor... Paul, ya que ha llegado nuestra última hora, quiero confesarte algo. —Ábreme tu pecho.

—Te quité la pelirroja.

—¿Qué pelirroja?

—La que te querías llevar a Río de Janeiro cuando el jefe te mandó. ¿Recuerdas...? La madre de la pelirroja te dijo que su hija no podía ir contigo porque tenía paperas. Era mentira. Me tenía a mí.

—Bruno, yo también quiero hacerte una confesión. Te quité la rubia.

—¿Qué rubia...?

—Aquella con la que te querías casar... La que dijiste que era la mujer de tu vida.

Estabas dispuesto a jurarme que era la chica más inocente del mundo.

Bruno hizo un gesto como si fuese a llorar.

—¿Y no lo era?

Paul hizo un gesto negativo.

En aquel memento se abrió otra vez la puerta, pero ahora no vieron a ningún hombre en el hueco.

Por el fondo del corredor llegó aquel triángulo de luz verde.

—Caballeros, ha llegado el momento para ustedes de conocer la gran verdad.

Los dos amigos se levantaron, y Paul se frotó las manos.

—Bueno, Bruno, si no puedes resistir las emociones fuertes, será mejor que te quedes... El triangulito nos anuncia que vamos a entrar en contacto con el Gran Cerebro.

CAPÍTULO XV

Paul Riviere y Bruno Nussac avanzaron por el corredor hacia el triángulo de luz verde.

Una puerta se abrió al fondo.

—Debo advertirles que no pueden escapar —dijo la voz.

—No se preocupe —dijo Paul—. No queremos escapar por nada del mundo ahora que estamos a punto de resolver el gran misterio, como usted dice.

Tras aquella puerta había dos hombres. Ambos portaban metralleta.

Uno de ellos señaló una puerta que había a la izquierda.

—Entren en esa sala.

Los dos obedecieron.

Era una pequeña habitación en la que se encontraba la doctora Lancerot.

—Hola, Marie —dijo Paul—. Ya veo que se pasó al enemigo.

La doctora agrandó los ojos al ver a los dos agentes.

—Señor Riviere, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—A trompazo limpio.

—A mí me hipnotizaron...

—Sí, ya lo suponía.

—Y debo aclararle que he estado aquí contra mi voluntad.

—¿No la convencieron para colaborar?

—Lo intentaron pero no les ha servido de nada. Por eso quieren castigarme.

—¿Y cuál va a ser el castigo?

—No me lo han dicho.

—¿Qué clase de trabajo le asignaron, Marie?

—He de ponerle ojos al monstruo.

—¿Lo vio usted ya?

—Sí, y es la cosa más horrible que he visto en mi vida.

En aquel momento apareció el triángulo de luz que todos conocían.

Se oyó una risa.

—Están cambiando impresiones, ¿eh?

—Sí, señor, ha acertado —contestó Paul—. Le estaba preguntando a Marie Lancerot por la clase de bastardo que debe haber armado un tinglado como éste.

Ahora del triángulo luminoso llegó una carcajada.

—Siga diciendo palabrotas, si así se desahoga.

—Marie —dijo Paul—, ¿has logrado saber ya quién es el del triángulo?

—No.

—¿Puede ser el Gran Cerebro del que hablas?

—No lo creo.

La voz se dejó oír.

—Señor Riviere, usted va a morir, y también morirá su amigo. De modo que voy a prometerles una cosa. Antes de que expiren, yo les proporcionaré la oportunidad de saber quién soy. Ahora van a pasar a presencia del Gran Cerebro. El tiene que hablar con la doctora Lancerot.

Desapareció el triángulo luminoso y la pared del fondo se abrió.

Aquella sala comunicaba con el laboratorio donde se encontraba el monstruoso cerebro.

—¡Madre mía! —exclamó Bruno al ver al fondo aquella extraña masa con pies humanos.

Los dos hombres con metralletas hicieron presión con éstas en las espaldas de Paul y Bruno.

La joven estaba entre ambos prisioneros y los tres se pusieron a caminar.

Pasaron a la otra sala donde trabajaban cuatro hombres con batas blancas.

El Gran Cerebro latía con más fuerza que la última vez que había estado allí la doctora Lancerot.

—Eh, amigos —dijo Bruno Nussac—. Apuesto doble contra sencillo a que el diplodocus de dónde sacaron esta gran sesada, debía pesar lo suyo.

Uno de los hombres que manejaba la metralleta golpeó la cabeza de Bruno y éste se derrumbó en el suelo. Paul se revolvió furioso pero el otro esbirro le aplicó el cañón en el estómago.

—Cuidado, chico, o te la ganas antes de tiempo, un hombre vino junto a la doctora y la llevó hacia la pantalla donde ya había estado otra vez.

En la pantalla se reflejaban las letras.

«¿Ha cambiado de opinión, doctora Lancerot?». Marie contestó mentalmente.

«No contribuiré a que los hombres se conviertan en esclavos para el resto de sus vidas».

«Es usted una insensata, doctora Lancerot. Ahora me doy cuenta de que su valor científico es completamente nulo. ¿Es que no lo ve, doctora Lancerot? Soy la materialización de la fuerza y del pensamiento. Ustedes me han creado y tienen la obligación de perfeccionar todos mis órganos. Me faltan los ojos y, pasado algún tiempo, pediré brazos».

«Entonces será más horrible que ahora», pensó Marie.

«Cuando ustedes se acostumbren a mi figura, me considerarán el ser más hermoso que ha existido sobre la Tierra» —contestó el Gran Cerebro.

«Eso no ocurrirá nunca porque en usted no hay ninguna belleza» —repuso Marie.

Enseguida, le llegó otra respuesta:

«La belleza es un tópico, algo que inventaron los hombres. Tienen la costumbre de ver una cosa muchas veces y entonces ya la encuentran hermosa. Pero ya no quiero discutir con usted. Contribuya a fabricar mis ojos, o morirá con estos dos hombres». Paul intervino:

—Marie, tendrá que hacer caso a ese Apolo. No se preocupe. Si acaba con nosotros, ya vendrán otros a sustituirnos. En muchas ocasiones la Humanidad ha sido víctima de tipos locos que quisieron someterla a esclavitud, pero no lo consiguieron. Nadie puede contra el hombre libre.

—Entonces —dijo Marie—. Usted me aconseja que ayude a terminar esa maligna obra...

—Si usted no lo hace, lo hará otro.

—Pero eso no tranquilizará mi conciencia.

Paul, mientras hablaba con la doctora, había cambiado una mirada con Bruno. Los dos tendrían que saltar como resortes a un tiempo.

Sabía que tenían muy pocas probabilidades pero debían intentarlo.

Procuraba no encontrarse frente a la pantalla, ya que, en ese caso, aquel repugnante monstruo sabría lo que pasaba por su mente.

De pronto, se produjo el haz de luz verde por la derecha.

Allí estaba el triángulo, más grande que nunca, y ahora por entre los lados de aquel triángulo apareció una cabeza y luego un cuerpo.

Era el doctor Alfred Mallet, el presidente del Instituto de Biología.

Llegó cerca de los prisioneros sonriendo y dijo:

—Yo soy el creador del Gran Cerebro... Yo soy El Fantasma.

Paul y Bruno saltaron en ese mismo instante.

Cada uno se reservó un hombre con metralleta.

CAPÍTULO XVI

Paul se dio cuenta de que se quedaba corto en el salto.

Mucho antes de que tocase con sus manos al enemigo que se había reservado, éste le enviaría una ráfaga de plomo que lo partiría en dos.

Sin embargo, Marie Lancerot le salvó la vida.

La joven se arrojó sobre aquel tipo y, como estaba más cerca, pudo golpear en la metralleta.

El arma escupió la ráfaga, pero su destinatario no fue Paul, sino el doctor Alfred Mallet, el cual se debatió lanzando un aullido de muerte.

Bruno Nussac había sido más afortunado en su intento.

Atrapó a su víctima por el cuello y lo arrastró al suelo. Los dos rodaron chocando contra la plataforma donde se ubicaba la pantalla.

Justamente en ella aparecieron las siguientes palabras:

«Emergencia... Todos los hombres a sus puestos... Acaben con los dos agentes...».

Paul golpeó con furia salvaje el maxilar inferior del hombre que había matado a Alfred Mallet, pero el tipo se le fue con el arma de la que quería apoderarse.

Riviere lo siguió, castigándolo otra vez en el estómago.

En algún lugar de la casa se oyó un agudo silbato.

Paul maldijo para sus adentros.

Si Bruno y él no terminaban pronto con la gente que había allí, en un momento llegarían los refuerzos del Gran Cerebro, y entonces no habría ninguna salvación para ellos.

Lanzó un grito de victoria cuando, al pegar un puntapié en la ingle del fulano, éste dejó caer el arma.

Sus manos se apoderaron de la metralleta.

Dos hombres corrieron hacia él, estaban disparando sus pistolas, pero lo hacían sin dar en el blanco.

Paul les envió una ráfaga.

Los dos fulanos pegaron volteretas y se estrellaron contra el suelo.

Luego, Paul dio dos pasos hacia el Gran Cerebro, cuyo pulso se había hecho muy rápido.

Paul apretó el disparador.

Los proyectiles se hundieron en la enorme masa encefálica.

Los pies que sostenían el cerebro se encogieron, moviéndose espasmódicamente.

En la pantalla se reflejaban las letras.

«Ese hombre me está matando... Acaben con él... Soy el Gran Cerebro que va a regir la Humanidad..., el futuro de todos los hombres...». Paul exclamó, mientras le enviaba otra ráfaga:

—Con mis mejores saludos.

Un nuevo chorro de balas se incrustó en el Gran Cerebro.

Paul avanzó hacia el fondo sin dejar de mandar plomo contra aquel engendro fabricado por unos científicos.

Marie Lancerot vio lo que se reflejaba en la pantalla. «Va acabar... conmigo... No puede...».

De pronto, el cerebro se quedó quieto.

Aquellas piernas se doblaron y la masa se derrumbó.

Bruno Nussac se había apoderado de la otra metralleta y estaba haciendo de las suyas.

En un instante se quitó de encima a otros tres hombres.

Paul ya estaba dispuesto a ayudarlo.

Más hombres llegaron por la puerta pero los agentes estaban ahora en situación ventajosa para librarse de ellos.

El comandante Ferniot tosió ligeramente.

—Una vez más nuestra Sección ha probado su valía. Hemos demostrado al mundo que Francia es el guardián de la libertad.

Al otro lado de la mesa se encontraban Paul Riviere y Bruno Nussac.

—Caballeros —prosiguió el comandante—. Tras este trabajo, creo que me he ganado unas buenas vacaciones... Justamente, mi colega inglés me acaba de invitar a pasar con él unas semanas en

las Bermudas... —Comprendo que será muy duro para ustedes quedarse sin mi ayuda, pero deben tener en cuenta que también yo necesito un descanso de vez en cuando.

—Desde luego, señor —dijo Paul.

Bruno sacudió la cabeza.

—Comandante, si me permite decirlo, usted debería estar en las Bermudas más tiempo. Después de todo, esa pelirroja se lo merece...

—¿De qué pelirroja habla...? ¿Es que no me acaba de oír, Bruno? Le he dicho que iba a pasar dos semanas con mi colega inglés... Para cambiar impresiones... Ya saben que son necesarios estos intercambios de ideas.

—Sí, señor, son necesarios estos intercambios.

—Espere que se porten bien en mi ausencia. Pueden retirarse.

Cuando los dos agentes hubieron salido, sonó el interfono y el comandante Ferniot dijo:

—¿Qué pasa, Denisse?

—La pelirroja, oh, perdón, quise decir la señorita Mara, pregunta si ya va usted para el aeropuerto...

* * *

Los dos agentes se estaban despidiendo en la calle. —¿Adónde vas tú, Bruno...?— A dormir un rato. ¿Y tú, Paul?

—Yo también.

Los dos bostezaron.

—Creo que nos hemos ganado un descanso —dijo Paul—. Ya nos veremos mañana.

Se estrecharon la mano y cada uno emprendió un camino distinto.

Al torcer la próxima esquina, Bruno echó a correr como un gamo, saltó a su auto y lo puso en marcha, sacándolo a toda velocidad del estacionamiento.

Poco después, saltaba otra vez del coche, subía en un ascensor y llamaba a un timbre. Como no abrían, lo hizo él.

Entró en el *living*, diciendo:

—Marie, aquí me tienes.

Pero sólo llegó a dar dos pasos y se quedó como una estatua,

crispando los puños.

Su amigo Paul tenía en sus brazos a la doctora Lancerot y los dos se besaban.

Paul Riviere apartó sus labios de los de la doctora y, volviendo la cabeza, dijo:

—Bruno, tenías que descansar... Recuérdalo.

Nussac dio media vuelta y, caminando tristemente, salió del apartamento dando un fuerte portazo.

Entonces, Paul continuó besando a Marie.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).